

MÁS ALLÁ DEL MURO

(CUENTOS)



X. GALARRETA

Título Original: Murruez Bestaldean
(Traducido por el autor)

© Marjinalia Bilduma

© Xabier Galarreta

Año 1995 (diciembre)

Correcciones: X.G. e I.M.

Depósito Legal: SS-263/99

PRESENTACIÓN

Una parte de mi vida se olvidó de mí, y ahora me interroga desde la juventud: «¿Cuántas veces todavía tienes que volver a ser?». Voy caminando por las calles y sin quererlo atraigo las sospechas de la policía, que cree ver en mí al criminal; también siento pegada a mi nuca la mirada recelosa de alguna mujer. Yo, sin embargo, continúo hacia adelante sin volver la cabeza, huyendo —adoro las calles insignificantes y su despertar en mí, porque sólo de esta manera alcanzo a comprender la anchura del mundo.

Me acompañan caballitos del diablo mientras permanezco agazapado en el cañaveral inundado de agua y lodo, al acecho de un insecto, devorador devorado (¿cómo podría distinguir a estas alturas la dulzura de la amargura?). Por otro lado, no merece la pena insistir demasiado —¿no es acaso la luz de hoy tan brillante como la de ayer?—

·

Escarbo en la tierra con mis manos, en busca de la última palabra que dejé sin pronunciar. Y la tierra me dice al oído: «Mañana habrá misa en favor de tu alma». He sentido un profundo pesar, porque hace ya mucho tiempo que se destruyó en mí aquello que los hombres solían llamar «alma».

Algún día no tendréis noticias mías: estuve, os hablé durante un instante en el que fui eso, un instante. Cierro los ojos y escucho sin oír a estas palabras, que salen por mis ojos transformadas en pálidas bandadas de gaviotas.

He sacado un libro a la subasta. Hoy muero un poco más. Sin embargo, afuera la lluvia continúa cayendo...

¿Nunca os dije que estoy obligado a vivir entre dos hombres? El primero se embarca en cada uno de los barcos que todas las noches zarpan del puerto de Brehen; el segundo, se queda en tierra y le grita al primero, mientras se aleja: «¡No te olvides de escribir!».

Os envió estas líneas desde la mesa-escritorio de mi cuarto (en esta mesa, desde esta mesa, tan sólo podría entender el mundo): hijo de una generación ebria, prólogo que naufraga en el papel embravecido de los que viven por dentro y para fuera...

¡SOY!

También creo paisajes. Y de vez en cuando, me reúno con las prostitutas. Además, sé que el día siguiente me debe una esperanza —el gesto aprobatorio que encerrará mi intelecto en una jaula, está ya dado.

Si supiera por qué vivo, sabría por qué escribo. Podría morir sin haber escrito del mismo modo que podría morir sin haber vivido. Y cuando el vecindario empieza a murmurar, desviaré la mirada hacia mis libros... (en los que descubro tantas esperanzas como es posible descubrir).

Río y lloro al mismo tiempo. Río al admirar el paisaje de mi viaje; lloro cuando pienso en el paisaje de mi viaje que he dejado atrás.

Transcurro como ayer y desprecio al pedante. Además, si alguien tirara de mi pelo, a lo

sumo me dejaría calvo (ventaja de llevar en el bolsillo todas las horas del mundo, y de ir de un lado a otro con pasos de marino).

He perdido la cuenta de los días desperdiciados. No importa. Las nubes del cielo de ayer ahora ya estarán lejos. Así es que, ¿de qué preocuparse? ¿para qué volver la mirada una y otra vez hacia atrás? ¿los mayores filósofos no dijeron acaso las mayores estupideces?

La mañana transcurre mientras pienso en las cosas que he vivido. «Siempre estuviste enfrentado a un pasado cansado y destruido» gritan a mi alrededor Las Voces. Y casi a continuación: «Te convertiste en un axioma desde que los sueños de los soñadores se apoderaron de ti», gritan. Es cierto. Los sueños me mostraron los antiguos palacios de los dioses griegos.

Aguardaré a que estas palabras envejezcan. Daré fuego a todos los diccionarios (así, no quedarán sino cenizas... de lo que soy). ¿Qué quiero decir...? ¿Qué trato de ocultar?

No sé cómo funciona un ordenador. ¿Merezco por ello la muerte?

Un paraje nos aguarda, y sólo cada uno sabe cómo llegar hasta él. No es posible enviar a nadie en nuestro lugar.

Más allá de mí, paisajes inmensos. Más allá de mí, la cadena completa, el mar silencioso, los hombres arrojados a sus sueños. Más allá de mí, los sonidos de un tiempo histórico, la infancia anónima, las luchas heroicas... Más allá de mí, un lugar donde hallaré reposo.

Necesito ahora valor en cantidades ingentes. Llevo en mí un montón de sueños (y también en la suela de los zapatos —es por eso que puedo recorrer durante tanto tiempo las calles sin notar la fatiga—).

No creo que vayan a aumentarme la paga por emplear mi tiempo en inútiles puestas de sol. Y si bien no lo encuentro especialmente grave, me obliga sin embargo a saborear la nada.

Mirada, voz y gesto: podrían hacerse muchas cosas con este trío (aunque prefiero, y con mucho, las terrazas de las cafeterías extranjeras).

El herbario se ha llenado de polvo y sólo cuando despierto recuerdo que hoy estoy aún sin comer.

Preferiría que no entendierais nada. Si no, podrías acabar sabiendo de mí más de lo que yo mismo sé.

Tengo por patria la vulgaridad. Así es que nadie se extrañará cuando sepa que vivo al otro lado del muro.

El anciano obsceno que era más extranjero que yo me ofreció un ramillete de flores. Luego se alejó con aquella expresión suya de viejo verde afeándole el rostro (todavía creo escuchar su carcajada).

¡No tener buena memoria es una gran suerte! De este modo, nunca podré recordar lo que nunca he sido. De este modo, el lado despreciable que tanta veces fui no podrá nunca atormentarme.

Aquellos a quienes hablo nunca me abandonarán. Mil y un brazos hallaré siempre

extendidos a mi alrededor. Puedo perder los sueños, pero no a mi gente. Si lees estas páginas, te pondrás a mi lado para siempre. Porque yo creo en las palabras insignificantes, en los hombres de mirar tranquilo, en que poco a poco vamos avanzando bajo esta vida al aire libre que tanto amo... El mar no tiene fronteras, y tampoco las hay en las cuatro paredes de mi habitación. El mundo va por delante de mí abriéndose camino. Sólo de pensar en que algún día puedo ser feliz me lleno de felicidad. El otoño me ha sonreído en la mejilla. Tengo el hogar allá donde lo tienen las palabras. Por si fuera poco, me enamoro en seguida. Y como todos los enamorados, hago locuras a cada cual más disparatada. Desafío a la noche. Dibujo paisajes y a continuación los deshago. Doy rienda suelta imperturbable a mis certezas derruidas. Mis mejores logros los doy por inútiles, una vez conseguidos. Respiro. Distráido, me lees. Pero nunca sabrás quién soy. Cuando nos encontremos en la esquina del mundo nos daremos la mano. Y entonces, sólo entonces, sabremos que nos conocemos. Y también sabremos que los sabios lo sabían todo (ésa será nuestra victoria, la base de nuestra sabiduría). Luego, nos separaremos en una fría despedida (el resultado del mutuo conocimiento será más que suficiente). Soy tierno —como el granito—. Y mis ojos vieron.

Siempre estaré a tu disposición en el principio (puesto que cada final nos arrastra hacia un viejo comienzo). ¡No sabría vivir lejos de esta vida mezquina! ¡No sabría ser pudoroso ante una

mujer! ¡No sabría estar sin acariciar cada momento transcurrido! No sabría esperarte, si no supiera que estarás conmigo para siempre. No sabría ser juez (¡condenaría a todos a la pena de muerte!). No sabría ser médico (¡os vendería a cinco duros el kilo de carne del difunto!). No sabría ser general de ningún ejército (¡rendiría la ciudad al enemigo a cambio de una prostituta!). No sabría ser un buen marino (¡al primer descuido llenaría de petróleo vuestros platos de sopa!). Hay un pulso en mi cerebro, y mientras, busco la victoria en las horas pálidas. Sin embargo, no sé quién soy, y estoy obligado a adivinarme en las adivinanzas. ¿Volver atrás? No, sería demasiado trabajo para, a fin de cuentas, llevar a cabo una vulgar automarginación. Nadie hará en mi lugar lo que solamente puedo hacer yo. Aún así, todos están a mi lado. Y estoy convencido de que el árbol seco será causa de riqueza. Y continuaré firme aquí donde estoy, mientras ella espera. Aquél que viene sabe ya quién soy. Quiero llegar y obligaros a beber de mi alegría. Si eres mujer, te tomaré a la fuerza. Y no te importará —porque no hay nada más inofensivo que la charlatanería que no persigue un fin—. Soy éste: ¡mirad! Voy a pasar el día ensayando viejas canciones. Si permaneces conmigo, como la fuerza de los animales está dentro de mí, te enseñaré a cantar alto —¡muy alto!— un par de versos. O incluso más de dos, si acaso fueras generosa. Les llegarán rumores y sabrán que somos nosotros — ¡todos los gastos a mi cuenta!—. Y si con esta razón, a pesar de todo alguien no quedara contento,

sabed que estoy dispuesto a llegar hasta los tribunales. Quiero hacer un camino, como los antiguos baserritarras euskaldunes. Pero si tuvieras algún reparo, en ese caso ¡que cada cual haga el suyo propio! No tienes más que decirlo. ¿Qué importa disponer o no del conocimiento? Me paré a contemplar el mundo desde el viento frío, desde el primer gesto, desde la niebla que traía en sí arropada una esperanza, una sonrisa azul. E inmediatamente te someto a interrogatorio: ¿vas a ayudarme noche y día? ¿enterrarás mi cuerpo cuando muera? ¿harás tuyas las faltas y las ideas nobles? ¿aprenderás a escuchar? ¿y a preguntar? ¿buscarás a los testigos adecuados? Si te portas bien, te premiaré con un feo escarabajo.

El camino siempre llegará más lejos que nosotros. ¿No es así? Y al final de la calle, donde la Muerte está sentada, haré frente al transcurso de los días para que no envejezcas. En el oriente disperso, te esperaré, una canción de cuna mecida en mis labios...

La pérdida de la personalidad, una vez destruida la mínima lógica, no trae sino el devenir de ésta en otra personalidad distinta a la anterior. En este escrito las palabras van como cuchillos... en busca de una personalidad, del calor necesario en el invierno y del aliento oculto bajo la hierba espesa y húmeda... Pero nadie sabrá nada —y sin certeza, no es posible vivir.

Afortunadamente, tengo a mi alrededor las sensaciones de muchísimas certidumbres. Por eso necesito escribirme. Quisiera creer en lo que traerá

el día siguiente; quisiera creer en la aburrida existencia de todos los días aburridos; quisiera creer en mí y hasta la última gota. Sin embargo, aparte de estas líneas, no tengo nada más....

Y superada la obstinación de este cansancio, dejadas atrás las estaciones con su primavera y con su verano, una sonrisa escéptica colgada de mis labios, comenzaré —sin prisa— el regreso a la casa de todos los atardeceres. «En aquella época», comentaré a todo el mundo, «fumar cigarrillos y tomar café eran mis mayores alegrías». Viví en el veintiséis de una calle cuyo nombre no podré recordar...

Si tuviera algún dios, daría a ese dios las gracias, por no haberme dado el don de escribir prólogos como es debido.

El Autor

He descubierto un nuevo y extraordinario mar: el mar disecado. Ahora sé que no me reconozco en este mundo. ¡Qué irreal y falso es mi nuevo mar! Parece muerto, y sin embargo, en su interior —en el origen-patria de la terminología— hay fuerza suficiente para destruir la Tierra entera, una fuerza feroz y cruel, que se revuelve sin límites contra el Cielo, y que hace empalidecer — ¡radical extensión!— al mismísimo Padre.

Desearía que vierais con vuestros propios ojos esta curiosa obra de la taxidermia marina. Basta un pequeño esfuerzo. Un acto de voluntad y deseo. Pero sabed que, quien de entre vosotros llegue a contemplar este mar en apariencia muerto, a partir de ese instante, habrá traspasado el mismo muro —al otro lado de la vida— que hace tiempo también yo traspasé. Y a partir de ahí, no le será dado regresar.

EL MOTORISTA

El motorista miró hacia atrás y se apercibió de la oscuridad fría y húmeda desprendida de los montes que todo lo envolvían. Aterrorizado, deseando huir de esa soledad lóbrega que llevaba como adherida a sus espaldas, apretó con rabia el acelerador. Por un momento, pareció como si en ese gesto tratase de dejar atrás un recuerdo doloroso. Tal vez, la noche grave y enigmática.

Bajo el faro de la luz larga, veía las inquietantes curvas de la carretera transformada en una gigantesca culebra. Casi inmediatamente, —y valiéndose de la luz salvadora que le proporcionaba su máquina— consiguió olvidarse de la noche que le perseguía, aunque aquella inexplicable inquietud permaneció en él sin poder expulsarla.

La pregunta de su amigo en París le llegó de improviso desde la oscuridad que iba dejando atrás, y vino a llenar el vacío de pensamientos de los últimos segundos: «¿Por qué morimos?». A modo de única respuesta, el rugido de la máquina en la noche que parecía tener conciencia propia. ¡Si el motorista al menos hubiese tenido el consuelo de un dios! Pero era ya demasiado tarde para empezar a creer.

Gaily bedight,
A gallant Knight,

In sunshine and in shadow
Had journeyed long,
Singing a song,
In search of Eldorado¹.

Aquél que vive dentro de sí mismo no tiene necesidad de dioses. ¿Para qué habrían de hacerle falta? «Es mejor el amor que surge a partir de lo que uno pueda ser capaz de soñar» pensó con dulzura el motorista. «De hecho, es mejor cerrar los ojos y no ver, hacer oídos sordos al ruido que nos llega del mundo, dar la espalda a la mentira que somos» continuó pensando mientras disminuía la velocidad antes de entrar en la siguiente curva.

Los árboles permanecían inmóviles en un gesto eternal. Sin embargo, al mismo tiempo parecían querer abalanzarse contra el ruidoso

¹ *(Las estrofas que aparecen a lo largo del cuento pertenecen al poema "Eldorado", de Edgar A. Poe. Ésta es su traducción al castellano:*

Alegremente vestido/un valiente caballero/bajo el sol unas veces y en la sombra otras/realizó un largo camino/cantando una canción/tras la búsqueda de Eldorado.

Pero el valiente caballero/un día envejeció/y sobre su corazón/una sombra se cernió/pues no pudo descubrir/tierra parecida a Eldorado.

Y al final las fuerzas/iban ya a abandonarlo/cuando topó con la sombra de un peregrino/«Sombra», dijo/«¿Dónde puedo hallar/la tierra de Eldorado?»

«En los Montes/de la Luna/En el Valle de la Sombra/Cabalga, cabalga con osadía»/le respondió la Sombra/«Si vas a la búsqueda de Eldorado».)

entrometido al que no habían, por cierto, invitado a la danza de las horas muertas. Y de sus ramas negras, momificadas, era como si colgara un invisible instrumento de venganza, una suerte de arma que acabaría con el sufrimiento de los inocentes, aquellos que murieron bajo una pasión deliberada, nefasta e imposible de evitar...

En el embrujo del instante, observó la ventana iluminada de un caserío semiperdido en el interior del monte, hacia lo alto, como arrojado a aquella soledad por una ola. Un rayo de esperanza en medio de la noche que lo perseguía. «Entonces, también allí viven los *humanos...*» pensó, y en la próxima curva ambos desaparecieron, la ventana iluminada del caserío y el motorista.

«¿Cuánto tiempo tiene que pasar para que tomemos conciencia de la poesía que nos hace vivir?» fue la siguiente pregunta que el motorista se hizo a sí mismo.

But he grew old—
This Knight so bold—
And o'er his heart a shadow
Fell as he found
No spot of ground
That looked like Eldorado.

Volvió la cabeza una vez más hacia atrás: aquella masa negra, pegajosa y viscosa todavía le perseguía. Y otra vez se encontró con la dolorosa noche y se le asemejó como las tripas de un animal muerto. La noche, dulcemente violenta, había

conseguido derrotar al tiempo y mostraba orgullosa su victoria.

Pero esa oscuridad oceánica le pareció incluso más aterradora que antes, tan aterradora casi como si acabara de descubrir el cadáver de su pasado. Es por ello que, imperceptiblemente, la moto se fue saliendo poco a poco del camino y, para cuando se dio cuenta, se había convertido ya en el protagonista de una tragedia que poco habría de importarle al mundo. Se sintió abrazado por mil ramas vengativas y nudosas. Oyó que la tierra le llamaba para cubrir su frente de besos fríos.

La máquina del motorista yacía en el suelo, la rueda trasera dando vueltas y vueltas en un firme inexistente, recorriendo el camino de la nada.

Un búho, oculto en el follaje, se entregaba a efímeras reflexiones acerca de lo sucedido.

La cabeza del motorista se movió ligeramente junto a la piedra manchada de sangre y lanzó una débil queja. Luego, permaneció inmóvil. Y una sombra atravesó el bosque cercano riendo a carcajadas, histérica (¿el canto de alguna ave nocturna, tal vez?).

And, as his strenght
Failed him at lenght,
He met a pilgrim shadow—
«Shadow,» said he,
«Where can it be—
This land of Eldorado?»

«Un accidente», susurraron los labios del

motorista. «Como el nacer» dijo en una voz muy baja. Luego, se estremeció.

La oscuridad que hacía poco le había producido esa terrorífica sensación, ahora sin embargo se había convertido en una caricia. Intentó abrir los ojos, mas era como si todo el peso de la noche presionara sus párpados. Poco a poco, su cansancio le hizo rodar por una cuesta abajo. Y comprendió que todo había acabado, y que la aparición de los tres puntos suspensivos era inminente.

Sin embargo, el mismo recuerdo (¿o era otro?) angustioso de antes volvió a asaltarlo, borrando de su rostro la sonrisa recién perfilada. Abandonaría este mundo tal y como cuando llegó a él: luchando consigo mismo.

Reunió sus últimas fuerzas, apretó los dientes y cerró los puños llenos de tierra. Luego, los árboles otra vez fueron árboles, y las ramas sólo ramas, y la oscuridad de nuevo oscuridad. Nada más. Morir no es un misterio.

«Over the Mountains
Of the Moon,
Down the Valley of the Shadow,
Ride, boldly ride,»
The shade replied,—
If you seek for Eldorado.»

UN BALCON ASOMADO A LA NOSTALGIA

«Cómo iba a imaginar que un día habría de perderla... para siempre». En la terraza del balcón y mirando sin ver hacia la calle, el anciano permanecía sentado entregado a su nostalgia y a sus restos de sensaciones transcurridas. Mientras, en su cabeza los recuerdos se entremezclaban unos con otros, como sombras llegadas misteriosamente del pasado. Recuerdos tiernos, recuerdos dolorosos que flotaban en la nada.

«Koro, Lourdes, Maite y Ane» susurraron los labios temblorosos del anciano —como si ese susurro pudiera hacer desaparecer la lejanía unida indefectiblemente a aquellos nombres—, cada nombre enlazado a los tiempos que hacía tiempo se habían vuelto extraños, y casi-casi, como si pudiera respirar —en la nostalgia de una época pasada— todo lo que de él quedaba.

«Koro... Ni una palabra hubo... Ni una... ¿Para qué, además?... Estaba muy claro...» Bajo un sol que lo cegaba, el anciano continuaba con sus pequeñas reflexiones y con sus herrumbrosos recuerdos. «... Luego de que lo dejáramos, pasé bastantes años solo... Hasta que conocí a Maite».

Un acercarse a los recuerdos para a continuación sumergirnos, extraviarnos en ellos, a través de un camino predispuesto a la resignación, porque, a pesar de esforzarnos hasta el límite, a

pesar de creer en todas las mentiras que caben en nuestro infinito ser-humano, a pesar de esto y de aquello y de lo otro, las arrugas han invadido nuestra piel, y podemos oír a la Muerte que, a pasitos cortos, se acerca hacia nosotros, triunfante.

Una alegría urbana sin dueño bullía debajo del balcón del anciano. En aquél instante, los hombres y las mujeres de ese instante, se aprestaban cada uno a la realización de su propio pasado. Cada ser era un mundo —¡su mundo!—, y cada mundo estaba atrapado en una telaraña tejida no se sabe de qué, ni por quién. Tal vez por ellos mismos: los sedientos de amor, los ciegos de humanidad.

«Éramos muy jóvenes... Era como estar loco, completamente loco... No, no... Con Lourdes no me porté nada bien... ¿Se casaría?».

Preguntas, interrogaciones sobre lo que dejó de existir sin ayuda de nadie: una nueva victoria de este pasado transformado en piedra.

«Maite... Tú sí que me hiciste sufrir... Sólo contigo supe realmente qué es ese dolor dulce aquí, en el corazón...».

El tiempo no pasa en balde. Eso dice, al menos, la filosofía popular. El balcón del anciano tenía un buen mirador, pero... ni tan siquiera él sabía a dónde daba.

Los frenos de un coche chirriaron con histeria, rompiendo con el aburrimiento en que se hallaba sumida la calle, tal vez la ciudad. Un niño de unos doce años yacía en el suelo, bajo las ruedas del coche. Tenía una herida en la cabeza de la que

brotaba abundante la sangre.

«Un día, Ane también se fue... A Burgos, sí... Creo que encontró algún trabajo en Burgos... ¿Quién me lo dijo?... Ah! Joxe. Me lo dijo Joxe, que en paz descanse, el pobre... También a él le gustaba mucho Ane, pero», el anciano —sin percatarse en absoluto del accidente— lanzó una risilla sofocada y añadió «Ane fue mía. Me eligió *a mí*».

La nostalgia por los paraísos que se perdieron río abajo arrastrados por la impetuosa corriente se adueña de nosotros cuando para entonces son ya irrecuperables, y la luz de la vela alumbra sin brillo sobre un montón informe de cera derretida. A partir de ahí, nos arrojamos a un lago de recuerdos y nenúfares, en donde la nostalgia flota entre cientos, miles de palabras inútiles, tan inútiles como lo son las historias de los hombres anónimos.

LA MUJER DE LA ESQUINA

La niebla —llegada desde todos los rincones— no permitía distinguir si se trataba de un hombre o de una mujer. Sin embargo, la silueta podía distinguirse sin lugar a dudas, de pie junto a la esquina. De vez en cuando, daba un minúsculo paseo en círculo y encendía un cigarrillo posiblemente de marca americana.

De improviso una ráfaga de viento alborotó el vestido del quimérico ser, quien también parecía estar confeccionado con algún tipo de hilo obtenido de la niebla. No había duda, era una mujer. Cuando el viento se detuvo, la niebla volvió a espesarse, desfigurando una vez más su aspecto humano.

Caminaba por la acera como un sueño que ha sido ahuyentado, sumergida —tal vez— en los recuerdos de la niñez, arrastrando los pies despreocupadamente, embrujada en aquél paisaje embrujado.

De repente, salido de una puerta invisible abierta en la niebla, otro ser —en esta ocasión, un hombre— hizo su aparición. Como un espectro, sin prisa, se acercó a la mujer, y una certeza de humo se proyectó en la densa bruma.

Iniciaron una conversación. El diálogo que mantenían era como un susurro extinguido fuera del tiempo. Y la niebla, para entonces, ya no era niebla, sino la carcajada de un sapo que atravesaba

hiriente la ciudad.

Intercambiaron unas pocas palabras y desaparecieron juntos.

La niebla permanecía vigilante, como un soldado en su garita, lamiendo el asfalto de la ciudad, cubriendo con su húmedo manto los altos edificios.

La ciudad hizo su renuncia habitual y el pesado sueño en el que se hallaba se hizo aún más profundo, hasta despeñarse por el agujero de las palabras enigmáticas.

Dos sombras llegaron hasta la esquina en la que hacía sólo un momento habían conversado las siluetas de la mujer y del hombre. La conversación de ambos era tan real, tan auténtica que, por un momento, la sensación de aislamiento que la niebla embrujada le daba a la ciudad, estuvo a punto de romperse.

—Yo quisiera ser más alegre, sí. Pero...

—Pero entonces, ¿qué? No te falta nada. ¿Por qué te afliges de ese modo?

—A veces no se puede evitar...

—No te entiendo...

—Mi casa es un infierno. Y ya no lo aguanto más. ¿Entiendes eso?

En seguida, los dos hombres se alejaron. Y la maravillosa niebla, en silencio, rodeó de nuevo con sus brazos la ciudad.

La esquina yacía en su soledad pálida, como un ser vivo —imposible asegurar si amaba o despreciaba a las criaturas que todas las noches acudían a ella—. Muy lejos de allí, en un valle

remoto, cenizas moteadas de blanco y de gris se precipitaban veloces, ladera abajo.

Y la esquina comenzó a llamar a voces a la mujer. Le gritaba que volviera.

—¡Helecho de los acantilados! No me dejes aquí tan solo! Tú sabes que todos soñamos. ¡No me dejes aquí tan solo! Yo te sueño. Yo sueño tus sueños. No me dejes aquí tan sólo —parecía que gritaba la esquina.

Y como respondiendo a esa fantástica llamada, rodeada por la noche y la niebla, ella también convertida en blanca sombra, la silueta de la mujer hizo su aparición. Caminaba hacia la esquina a pasitos cortos, mostrando toda su pavorosa indiferencia.

El viento procedente del mar interpretó una tierna melodía y llegó hasta el lejano lugar en el que los marinos duermen, provocando una gran agitación entre los sueños de los que sirven al mar.

La mujer —triunfo del fracaso— arrastraba en cada gesto la gloria de la noche: cuando se apoyaba en la esquina, cuando tranquila andaba de acá para allá, cada vez que encendía un cigarrillo, en el profundo odio que profesaba a su vida.

Surgido del blanco disfraz de la noche, una nueva figura humana —la de un hombre— se acercó hasta ella. Luego, ambos desaparecieron entre un tintín de monedas y un frufú de billetero.

Y pensó la gárgola de Notre-Dame: «Ante

una mujer así, me postraría».

EL VIGILANTE

Al acecho entre dos peñas fabulosas, similar a la inescrutable esfinge del desierto, la armadura del vigilante se distinguía con absoluta nitidez en el paisaje. Y parecía como si estuviera asomada a un pozo seco, fuera de la historia e indiferente al devenir del tiempo.

Guardián del infinito océano, hacia el oriente de una espera eternal, los ojos alerta agazapados en la ranura del casco... El vigilante de la isla en su colosal altura ofrecía un aspecto tan irreal y absurdo como una estela cosida a las olas. Jamás nadie le vio realizar un sólo movimiento, allá, en su altura entre dos peñas formidables.

Los marinos y los habitantes de las islas cercanas lo conocían. Aún más, se podría decir que la presencia del antiguo guerrero y vigilante gobernaba la vida de cada hombre, mujer y niño de las islas. ¿Quién lo había puesto allí? ¿Desde cuándo permanecía en su puesto? Nadie lo sabía. Los ancianos lo conocieron desde siempre, y en las leyendas transmitidas por los antepasados de las islas se hacía ya mención de su existencia.

Era una ilusión, una ilusión pavorosa — aunque, también serena— en aquél mar plagado de monstruos y leyendas —los hombres de aquella época tenían curiosas ideas acerca de las cosas que no conocían—. Porque las tripulaciones de los

barcos y todos los isleños sin excepción le temían; más incluso, les aterrizzaba. Pero al mismo tiempo, del terror impuesto por la presencia del vigilante se extendía una suerte de armonía que llegaba hasta los lugares más recónditos. Y si alguien hubiera dicho a un lugareño que debía vivir sin aquél terror, éste se habría lanzado espada en mano contra el profanador, como si hubiera insultado a su deidad más venerada.

Sin embargo, el vigilante de la isla desierta no era un dios. Aunque tal vez fuera un dios quien lo puso allí. Pero, ¿por qué? ¿Acaso se trataba de un castigo? ¿O era, tal vez, algún complicado mensaje que los seres humanos no alcanzaban a descifrar? Inútil y profundo, absurdo y lleno de significado, tanto en los días en que el mar era un dulce susurro como en aquellos otros en los que se alzaba con un rugido furioso, bajo los rayos abrasadores del sol o acompañado únicamente por la insomne luna, él siempre permanecía en su lugar, a veces semioculto en la niebla... Al vigilante de la isla nunca se le concedió la gracia del olvido.

Pero los jóvenes son inquietos como pottokas. Así pues, cualquier día de cualquier verano, un joven de las islas cercanas decidió averiguar el secreto del vigilante.

—Si descubriera el enigma del vigilante, podría gozar de su divinidad. Aparecería ante mi pueblo como un dios.

Así es que extendió al viento la vela de su embarcación y, aprovechándose de la prometidora brisa que soplabá del norte, puso rumbo a la isla del

vigilante, donde esperaba descubrir el secreto razón de vida y estímulo de su gente.

Los conflictos interiores nos impelen a obrar de forma estúpida. Y lo que aquél joven se disponía a realizar, era la mayor estupidez de cuantas se pudiera imaginar.

Al cabo de unas horas tuvo ante sí la solitaria isla y la halló similar a una inmensa cumbre pétreo expulsada del mar. Se acercó más y dio un rodeo, hasta que al fin pudo distinguir la sombría armadura —fantasma imposible de los pensamientos— en su mirador de siempre, entre las dos inmensas peñas. Un sueño, una pesadilla, una fantasía brillante y maravillosa... ¿Qué era exactamente?

A punto estuvo el intrépido y alocado joven de virar el timón y poner de nuevo rumbo a su isla. Por desgracia, no lo hizo así. Y maniobrando peligrosamente entre las rocas, consiguió llegar hasta una ensenada donde varó la embarcación. Luego, bajó del pequeño bote a vela y puso el pie en tierra.

A pesar de que el terror le atenazaba por dentro, halló fuerzas en su ambición y comenzó a trepar por las rocas. Una nube se posó en la cumbre y, casi inmediatamente, barrida por el viento, continuó su camino huyendo presurosa del lugar — como si hubiera adivinado lo que allí iba a ocurrir.

El joven no sabía que a cambio del secreto oculto en el interior de la armadura no merecía la pena ni tan siquiera ser dueño de la sabiduría contenida en el universo entero de las divinidades.

Cuando finalizó la penosa ascensión y se halló ante el vigilante, cayó postrado lleno de angustia. Estaba aterrorizado y temblaba. Por fin, con el rostro pegado al suelo, comenzó a hablar entre tartamudeos, tocando casi-casi con los labios los pies de la terrible presencia de hierro.

Pero como sólo el silencio le respondiera, haciendo acopio de todo su valor, se levantó y apoyó la mano en el hombro de la armadura. Con este leve toque, el vigilante que —según las firmes convicciones de los isleños tenía clara relación con las divinidades, o incluso, según creían algunos, él mismo podía ser una divinidad—, perdió el equilibrio y, precipitándose al mar desde lo alto de las peñas en las que durante tantos y tan largos siglos había permanecido incólume, cayó en las aguas roto en mil pedazos. Y en ellas desapareció para siempre.

El infeliz muchacho hubiera esperado cualquier cosa excepto aquello. ¡No había nada! ¡No había absolutamente nada! ¡Era sólo una armadura vacía!

Cuando los habitantes de las islas supieron la verdad acerca del vigilante, se sumieron en un lento pero absoluto proceso de autodestrucción. Los barcos embarrancaban en los escollos —pues las tripulaciones habían perdido la voluntad y, sobre todo, la ilusión de gobernar sus barcos—; continuamente surgían guerras: las tribus, las familias, los hombres todos luchaban con fiereza y odio entre sí —aunque nadie conocía la causa de aquellas guerras.

La mentira es blanca, como una nube de algodón. La verdad es sucia, como una blanca nube de algodón.

LA PESTE

—Dicen que ha sucedido en la parroquia de St. Giles.

—¿Que ha sucedido *el qué?*

—Han encontrado un marinero muerto por la peste.

En el año mil seiscientos ochenta y cuatro, una sombra oculta bajo un disfraz alzó su brazo y con gran parsimonia dejó caer sobre una de las parroquias de la ciudad de Londres el pañuelo blanco que sostenía entre sus dedos. Aquella fue la primera señal. Y casi inmediatamente, como un hombre que pasea tranquilo por las calles, la peste mostró su impetuoso rostro.

—Ha pasado ya una semana y no hemos tenido ningún nuevo caso.

—No. Yo creo que podemos estar tranquilos. Sólo ha sido un caso aislado, y nada más.

Los hombres necesitaban desesperadamente una esperanza para así poder soportar la inmediata amenaza de la muerte que, en silencio, dedicando a todos una sonrisa, resuelta a partir los corazones de hombres y mujeres, ansiosa por tomar parte en las caricias amorosas de los amantes, realizaba en su macabro libro inagotables sumas (los seres humanos sólo eran números para ella). La Muerte había llegado a la ciudad. La Muerte de ahora y la

Muerte de siempre. Y en esta ocasión, se preparaba para dar a conocer su mensaje claro, sencillo... y pavoroso.

El Támesis brillaba con reflejos sombríos.

—Ayer encontraron a otra persona muerta.

—¿En la parroquia de St. Giles?

—No, en la de St. Whitechapel.

—Eso está cerca de St. Giles. Así es que...

—Sí. Ha comenzado a propagarse.

En las esquinas brumosas de la noche, hombres que desearían no ver se afanan en apilar cadáveres que se entremezclan unos con otros en los siniestros carros. Son los carros de la Muerte. Hombres y mujeres, en un último abrazo, ajenos a la vida, grotescos... Forman la anochecida alegoría de lo que un día fueron, mientras su pasado se desliza —anónimo e íntimo—... hasta la fosa común, en un goteo interminable.

El cielo tiene aspecto siniestro y poco a poco se va sumergiendo en la ciudad. Tampoco las noticias que trae el viento son en absoluto halagüeñas: de calle en calle, de plaza en plaza, de puerta en puerta (¡también la Muerte sabe llamar con la aldaba!) el viento anuncia los negros días que se avecinan.

—Deberíamos salir de la ciudad.

—¿Para qué? Moriríamos de hambre en algún camino solitario. Además, los campesinos no nos recibirían bien. Tienen miedo de que les contagiemos la peste...

—¿Cuántos murieron ayer en nuestra parroquia?

—Según las autoridades, tres mil. Pero puede que sean cuatro mil. ¡Vete a saber!

El río Támesis se extiende inextricable en torno a las riberas de la ciudad condenada. Atrapados en su telaraña mortal, el sueño es la única escapatoria que les queda a los pesarosos londinenses. Sin embargo, también las pesadillas pueden irrumpir en el sueño...

Las campanas de las iglesias permanecen mudas —¡les faltan repiques para tantos y tantos muertos!—. Los exánimes cuerpos, desnudos en carros, realizan en completa soledad el camino que lleva al cementerio. Y una vez arrojados en la colosal fosa, inmovibles sepultureros se aprestan para ir a recoger una nueva carga.

En la ciudad la vida parece haberse agotado y no se escucha rumor alguno —como si el olvido hubiese acariciado con su mano a la población herida— ¡Si acaso la hierba fuese capaz de cubrir el horror! ¡si otra vez regresasen los alegres y lejanos atardeceres!

—Voy a misa. ¿Vienes?

—¿A misa? ¿No sabes que nuestro cura nos ha abandonado?

—¿Abandonado...?

—Sí. Ha huido. Se ha marchado de la ciudad, como otros muchos, tratando de escapar de la peste.

—¿Y el de Stepney también ha huido?

—No. No ha tenido tiempo. Está muerto...

—¿Y el de St. Martin?

—Permanece en su iglesia.

—Bueno, entonces iré a St. Martin a oír misa. ¿Vienes?

—No, gracias. En los lugares públicos dicen que es más fácil pillarla.

—¿Pillar el qué?

—Nada, la salvación.

En una semana más de cien mil personas fallecieron a consecuencia de la peste que, sin abandonar nunca su parsimonia, continuaba pidiendo a la puerta de cada casa un lugar para ella; y con su habitual sosiego, dejaba un beso en los labios de los elegidos —un beso para siempre, tan interminable como la noche misma.

Pero un día también la Muerte dejó de existir (la caída de la Muerte era inevitable, ya que para entonces el número de fallecidos había cruzado el umbral de lo permitido). ¡Cuántas lágrimas había derramado para entonces la sufrida ciudad! ¡cuánta amargura habían tenido que añadir a su amargura y cuántas veces habían tenido que morir para así poder escapar de una vez y para siempre de aquella noche febril, interminable, como si un ladrón les hubiera dejado sin la madrugada! Porque la tristeza de aquellos seres ya no admitía siquiera definiciones. Y para expresar el dolor de sus habitantes en vano buscaríamos diccionarios, idiomas, escritores... ni corazón lo suficientemente humano.

Por suerte, incluso el peor de los destinos tiene su final. Y también lo tuvo aquél de la peste del año mil seiscientos ochenta y cuatro. Una vez más, la bandera de la esperanza se alzó entre los

despojos, entre los llantos cada vez más débiles de los supervivientes (con la misma fugacidad con la que se va la vida se disipan también los sueños más aterradores).

—Sí, la peste se ha ido de la ciudad. Pero...
¡qué pena! ¡Mi amigo no ha vivido para verlo!

EL LAGO

Se más que un hombre
menos que una mujer
(Leopoldo María Panero)

«Era inimaginable pensar que alguien podría aburrirse en el Lago, ya que en aquél paraíso perdido la conciencia de vivir resultaba tan cristalina como lo eran sus azules y diáfanas aguas.

Los espíritus perversos de la noche no sabían cómo se llegaba hasta allí; la vida siempre estaba dispuesta a mostrar una sonrisa; la felicidad misma parecía infeliz en comparación con la felicidad de los habitantes del Lago; los días sombríos no existían; y la brizna de hierba más humilde tenía del árbol la misma esplendorosa belleza.

En este paisaje fuera de la historia solamente vivían un hombre y una mujer. Los dos caminaban desnudos y se ofrecían mutua protección como si se tratase de un juego, puesto que, aunque no les amenazaba ningún peligro, sentían que debían protegerse el uno al otro».

—¡No y mil veces no! —grita el escritor en

un arrebatado de mal humor—. No es esto lo que quiero escribir. Es otra cosa la que tengo en mi cabeza. Pero al tratar de escribir esas otras cosas, me doy cuenta de que sólo consigo... ¡alejarme de ellas!

—No te enfades —le tranquiliza su mujer con ternura—. Si no lo consigues ahora, ya lo conseguirás luego.

—¡No, no lo conseguiré nunca! Yo quiero escribir «algo», pero sólo consigo atrapar el reflejo de ese «algo» —responde el escritor absolutamente enojado, como si la culpa la tuviera su mujer.

—Entonces, admite lo ingenuo de la finalidad del arte... y punto —le contesta ella sin abandonar su tono dulce.

—Sí, claro. *Y punto* —repite él con ironía.

El tono grosero de las últimas palabras da por finalizada la conversación. Por otro lado, él a duras penas soporta las observaciones de su mujer, pues siempre le parece que todo lo que ella dice son insensateces.

Tan pronto como vuelve a quedar solo, prosigue con su escrito:

«Las tierras que rodeaban el Lago reflejaban en sí mismas la ilusión del amor, mientras que los susurros de las ramas de los árboles traían el recuerdo de viejas canciones de cuna.

Las horas nacían muertas, ya que la alegría del lugar no quería saber nada con el tiempo. Las horas —realidad casi-casi tangible del tiempo— no sabían hacia dónde transcurrir. El tiempo en aquél

paraje insólito, derramaba a su alrededor un sosiego pálido y voluptuoso, y dejaba descoloridas las horas quietas del amor.

No muy lejos, infinidad de fuentes cantaban los días llenos de esperanza que estaban por venir».

Una música estridente producida por la radio de la cocina interrumpe el trabajo del escritor.

—¡Apaga esa maldita radio! —grita a su mujer con un rugido.

—¡No me da la gana! ¡Y a mí no me grites!
¿Vale?

El se enfurece todavía más.

—¡Lo haces para fastidiarme! ¿O acaso crees que no me he dado cuenta?

—¡Que te den morcilla! —le interrumpe ella con rabia, y sube aún más el volumen de la radio.

El se acerca hasta la cocina hecho una furia y, arrancando de un tirón la radio de su enchufe, la lanza contra la pared con todas sus fuerzas. Ha perdido por completo el control de sí mismo. Luego, se vuelve hacia su mujer y le grita:

—¡Putas!

Ella le responde con una bofetada.

Durante un momento él queda inmóvil. Pero de repente, agarra a su aterrorizada esposa por el cuello y con la mano libre empieza a abofetearla una y otra vez. Y mientras la golpea no cesa de gritar:

—¡Putas! ¡Putas! ¡Putas!

Por fin, la suelta y regresa a su habitación,

en donde continúa escribiendo, dejándola a ella tirada en el suelo, humillada y maltratada.

«El hombre y la mujer del Lago jugaban a imaginarse. Y no existía para ellos una felicidad mayor, pues en ellos se albergaban todos los bellos sentimientos posibles e imposibles que, por otra parte, se les aparecían como intenciones llevadas a su fin con la mayor de las bondades.

El viento atravesaba con ternura los primeros instantes del amanecer y proclamaba la verdad del lugar: no es posible vivir sin amor.

Ante ello, el paradisíaco espacio cobraba vida y sus colores se hacían más vistosos y alegres si cabe, mientras que las aguas plateadas del Lago se rizaban en ondas suaves y cariñosas... de puro amor y placer.

El hombre y la mujer del Lago no eran, sin embargo, el centro de tanta felicidad. Pues, así como cada brizna de hierba ocupa el justo lugar que le pertenece, así mismo ocupaban también ellos el suyo.

Por ello, vivir no les resultaba una fatiga. Y su propia existencia estaba libre de traiciones, de preocupaciones, e incluso, libre del fantasma de la vejez. No estaban llamados ante la muerte, ni la muerte había pensado llamarles».

Súbitamente, se abre la puerta de la habitación donde escribe y aparece su mujer sosteniendo una escopeta con las manos.

—¿Qué haces? ¿Por qué has cogido la escopeta? —se vuelve él pálido como la nieve.

—¿Qué es lo que hago? Lo que debiera

haber hecho hace ya mucho tiempo. Eso es lo que hago —le responde ella acercándose lentamente hacia él.

—Pero, cariño. Tranquilízate.

Los ojos de ella brillan con odio. Está furiosa.

—¿*Que me tranquilice?* —responde a su vez con desprecio—. ¿Crees de veras que es posible vivir «tranquila» contigo? Nunca me has amado. Me escupes todos los días a la cara. Tú no eres un hombre. No sabes expresar la ternura... excepto en tus malditos cuentos. Pero ahora voy a ser yo quien acabe de escribir este cuento, tu último cuento...

—¡No! ¡No!

Los perdigones se introducen por decenas en su pecho, en su cara, en su estómago. Luego, ella vuelve a disparar por segunda vez. Y cuando el eco del último disparo se ha extinguido, le llegan —débiles— las palabras de él, mientras agoniza:

—Las aguas del Lago me aguardan... Tengo que irme... En el paraíso del Lago me reuniré con ella... y caminaremos desnudos...

Antes de continuar, se detiene por un instante y luego sigue hablando entrecortadamente:

—Porque yo soy el hombre del Lago... en donde no existen los días sombríos... en donde las horas no saben transcurrir... El Lago, en donde el tiempo es quietud lívida y voluptuosa...

Ella ya no le escucha. Su mirada está lejos, cada vez más lejos.

El continúa:

—Vivir en el Lago no será una fatiga... El Lago no permitirá que nos hagamos viejos... Nunca seremos llamados por la Muerte...

Tras un instante de silencio, mira a ella y con una sonrisa le dice:

—Putá, al fin me libraré de ti.

LA MUJER DEL KILOMETRO 365

El cuerpo de la mujer —absurdo, inmóvil, silencioso— yacía tirado en la autopista. Un poco más allá, el coche que hasta hace sólo un momento conducía, mostraba su entraña mecánica al cielo lóbrego. Mientras, las ruedas traseras continuaban todavía girando, obstinadas, por una suerte de carretera invisible. Eran los restos del accidente ocurrido en el kilómetro 365 de la autopista que ya, desde luego, no llevaba a ninguna parte.

Una caricia traspasó el rostro de la mujer accidentada, dejando en ella el reflejo de la proximidad mortal —tan frío y gélido como lo pueda ser la realidad de un exilio—. Era la tiranía de la muerte —esa tiranía que no admite esperanza—, y venía a proclamar su derecho sobre la mujer que, dentro de unos pocos instantes, habría dejado de soñar para siempre. Luego, la muerte continuaría soñando el sueño de ella.

—Anda. Cuéntame un cuento, papá — susurran sus labios.

La noche helada se cernía sobre la autopista —de noche, las autopistas son como diálogos interminables. Y a través de ellos, circulamos.

En el puesto de la Cruz Roja el teléfono sonó con angustia.

—Ha ocurrido un accidente en el kilómetro 365 de la autopista. Vengan rápido. La mujer que

conducía el coche ha salido despedida. Está en el suelo, sin conocimiento, y parece gravemente herida.

La ambulancia partió con su guiño naranja, llenando de luz la oscuridad. Una lluvia fina comenzó a caer. Era una llovizna que, en silencio, empapaba cada rincón del monótono paisaje. En tales noches —todas las noches no son iguales— nos convertimos en extranjeros solitarios. Y no tenemos carné de identidad (tan sólo un pasaporte, que no sirve para levantar barrera alguna).

La mujer del accidente creía que se dirigía a su casa. Sin embargo, aún no ha llegado a casa. No llegará nunca. Así pues, esa mujer no sabía a dónde se dirigía. Pero ya no tiene sentido reflexionar acerca de estas cosas. Sólo podemos alejarnos del lugar con las manos en los bolsillos y silbar una canción.

Sobre la antigua máscara vestiremos una nueva. Caminaremos santificados y maldecidos. La breve filosofía del universo se nos habrá agotado. Y no sabremos nunca más quiénes fuimos. Y todo esto, ¿a causa de qué? A causa de que una vez, en la autopista, vimos a una mujer que agonizaba luego de haber sufrido un accidente.

La ambulancia llegó al peaje.

—¡Rápido! ¡Levanten la barrera! Ha ocurrido un accidente en el kilómetro 365.

—¿Un accidente? —les preguntó asombrado el responsable del peaje—. Yo no sé nada de eso.

—¡Ahora mismo hemos recibido el aviso.

Hay una mujer herida. No podemos perder ni un segundo. ¡Levante la barrera!

—Yo no sé nada de ese accidente. Si queréis pasar, pagad el peaje como todo el mundo. Si no, no pasáis.

Mientras todos discutían, la mujer sonrió en el kilómetro 365.

—Un cuento muy bonito, papá — susurraron de nuevo sus labios.

La lluvia comenzó a caer con más fuerza. Era una lluvia continua, y se negaba a entender nada. Y caía —como la esfinge sin rostro— indiferente y fría. Y hacía daño, como la mujer que quieres pero que no te quiere —cuando sólo eras un hombre, una mujer sola.

—¿Cómo le vamos a pagar? Vestimos las ropas del hospital. ¡No llevamos ni una peseta encima!

—Si no pagan, no pasan —respondió el empleado con admirable obstinación.

Cualquier situación, por muy dramática que ésta sea, puede ser rota con una carcajada. Cualquier tragedia puede interpretarse con visos de humor y vodevil. Vivimos entre la tragedia y la comedia, haciendo equilibrios. Quien se incline demasiado hacia un lado, caerá en la depresión enfermiza; y quien se incline demasiado hacia el otro lado, se precipitará en la frivolidad.

Por fin, la barrera se levantó y la ambulancia pudo recomenzar su grito agónico.

Su pestaño amarillo se movía veloz dejando rastros de esperanza agotada, de esperanza

olvidada y que hace daño —la proclamación de la visión sombría del último instante— en la ignorancia absoluta del morir (el amigo que parte para siempre y nos lanza un último saludo).

Las luces en la autopista brillaban con reflejos claros y oscuros (certeza de un vivir en las contradicciones).

La mujer del kilómetro 365 dijo adiós al mundo. Y el mundo le respondió: «Ya no eres de los nuestros».

Ella era absolutamente hermosa.

En el medio de la noche inmensa y sucia, un insospechado y vertiginoso impulso se la llevó consigo y nunca más volvió.

El médico de la ambulancia dijo:

—Demasiado tarde. Ha muerto.

JOAN AMOR

«Llevamos nuestro destino alrededor del cuello, a modo de pesado y doloroso yugo. Hacemos frente al devenir con heroicidad ridícula».

Joan Amor no tenía oficio conocido, pero era bastante habilidoso a la hora de interpretar algunos fragmentos de la obra para piano de Chopin, habilidad que en Buenos Aires —desde luego— no le iba a servir de mucho.

Desde el momento en que puso el pie en el puerto de la capital pampera, la especial tonalidad que brillaba en el cielo y el aire excitante con que lo recibió de inmediato la ciudad, le dieron a su rostro un cierto porte aventurero, que él —por supuesto— se encargó de exagerar con su sonrisa cínica y expresión habituales.

Sin embargo, la llamada del estómago le sacó ipso facto de su ensoñación —nunca los estómagos han destacado por su debilidad para la poesía—. Así es que se llevó la mano al bolsillo y aparte de un par de cigarrillos de mala marca no halló absolutamente nada más, ni un solo peso.

El billete del barco que le había traído desde Barcelona lo adquirió con el dinero que varios de sus amigos habían podido reunir a modo de feliz despedida (la cual, dicho sea de paso, les procuró a

todos un gran alivio).

Antes de embarcar hizo acopio de alimentos en un macuto que especialmente para tal fin se había proporcionado, macuto que habría de salvarle la vida ya que aparte de los alimentos contenidos en él, no probó otro bocado en los diez días que habría de durar la travesía marítima.

—¡Diez días en el mar! No hay nada más aburrido que viajar en barco —suspiró Joan sin por ello olvidarse de la delicada situación por la que atravesaba su estómago—. ¡Y pensar que siempre deseé ser marinero! —volvió a suspirar con falsa consternación. Luego, dirigió su alegre y confiada mirada a un lado y a otro y echó a andar hacia la ciudad.

Quando los pasajeros de primera clase bajaron a tierra, Joan Amor se había sentido rodeado por el aroma de los diversos —y caros— perfumes que flotaban en el aire.

En aquél instante, Joan Amor más que sentirse un pasajero de segunda clase, se había sentido un esclavo de primera, porque tal y como le había hecho notar —sin demasiada delicadeza, por cierto— uno de los marineros «aún no se había instalado servicio de duchas para los pasajeros de segunda clase», y como Joan no acababa de acostumbrarse a ducharse en el bidé, decidió posponer al fin el asunto de la *toilette* para mejor ocasión, razón por la que su aspecto —de por sí bastante infeliz— era visiblemente peor de lo habitual, circunstancia que se veía agravada de manera especial por aquél traje en que se veía

atrapado y que parecía recién salido de alguna churrería.

En fin. Al menos, sus ojos eran azules — «azules como el mar» según solía decir él— y su rostro conservaba una deliciosa expresión infantil, virtudes todas estas que en más de una ocasión le habían sido útiles, especialmente ante las personas-como-es-debido-de-la-no-demasiada-alta-sociedad —estaba bastante por debajo del pedigrí de *le grand bourgeois*—, quienes por lo general se sentían inclinadas a disculpar su pobreza «ante tanta belleza». Así, mientras descendía por la pasarela del barco, fue observado por más de una dama que lo miró con ojos benevolentes y tal vez, una disimulada concupiscencia —algo había también del comprador ansioso por hacerse con el precioso artículo expuesto a la venta pública en el escaparate.

—Diez días en la cubierta de ese asqueroso barco. Creía que mis amigos eran más generosos — pensó con su falsa sonrisa habitual.

La cubierta del barco que trajo a Joan Amor se hallaba dividida en dos secciones. La primera — que incluso disponía de piscina olímpica y era la más amplia de las dos— estaba ocupada por los pasajeros de primera clase, la mayoría burgueses de profesiones liberales y algún que otro empresario de no demasiados altos vuelos.

Emigrantes de mirada callosa, delincuentes de poca monta, artistas sin obra y personajes curiosos como Joan Amor ocupaban la segunda sección —olímpicamente reducida y situada en el

culo del barco, es decir, en la popa.

—Un toldo y nada más. ¡Vaya frío he pasado a las noches! —recordaba Joan.

Y efectivamente, ésa era una de las muchas anécdotas del feliz viaje ya que los pasajeros de segunda clase no tenían derecho a camarote, ni individual ni colectivo, razón por la que se veían obligados a dormir bajo un enorme toldo que cubría casi toda su sección.

El límite entre una sección y otra lo imponía una red marrón-rojiza de dimensiones colosales. Además, un par de marineros con aspecto de orangután y tatuajes en los brazos que mostraban con orgullo pueril vigilaban constantemente «la frontera» —así la llamaban— haciendo gala de un gran celo profesional en su tarea, especialmente con aquellos pobres desgraciados que se atrevían a transgredir la prohibición —se cuenta que incluso alguno llegó a desaparecer misteriosamente en plena travesía—. De todas maneras, había algo que unía tanto a los de una sección como a los de la otra: el empeño que ponían en evitarse.

«Lo que queda de nosotros pasa ante el destino indiferente. No sabemos hacia dónde nos dirigimos, pero sin embargo caminamos juntos... guardando las distancias, evitando los abrazos — porque ello sólo daría como resultado un mayor distanciamiento...».

—Me llamo Joan. Joan Amor —le dijo al fin a un muchacho que al pasar siempre le sonreía.

Luego, ambos permanecieron apoyados en la barandilla mirando sin demasiada curiosidad el mar tranquilo.

El otro muchacho, sin dejar de sonreír, alteró intencionadamente su voz dándole un falso tono «aristócrata», y dijo:

—Perdone, pero no tengo por costumbre dirigir la palabra a los viajeros de segunda clase.

Los dos prorrumpieron en carcajadas y luego se fueron juntos a gastarse las últimas monedas en la humilde cafetería de su sección —un barracón de mala muerte, en donde daban un café que si lo tirabas al agua espantaba a los tiburones en cien millas a la redonda.

—Cuando llegemos a Buenos Aires —dijo su nuevo compañero— cada uno irá por su lado. ¿Está claro?

—No problem —respondió Joan un poco dolido, aunque tratando de ocultar sus sentimientos...

—Se nota que no has viajado mucho —le comentó el muchacho que no le había dicho cómo se llamaba.

—¿De veras?

La sonrisa del otro se transformó en abierta carcajada.

—Pero soy de Barcelona, una gran ciudad —se apresuró Joan a disculparse.

—Bueno —suspiró éste—, eso te salvará la vida.

Y ambos rieron aún con más fuerza si cabe.

Cuando llegaron a Buenos Aires y se

disponía a bajar por la pasarela, Joan trató de encontrar con la mirada a su «amigo de la casualidad». Pero no lo vio por ninguna parte y desembarcó solo.

«Tener muchas ilusiones es provechoso para unos y perjudicial para otros; es decir, a unos les hace ser felices y, a otros, desdichados. Pero el destino siempre está ahí, vigilando desde su atalaya, aguardando la ocasión para así poder satisfacer sus caprichosos deseos, ansioso por ridiculizar las mayores aspiraciones del primero que se cruce en su camino».

Habían transcurrido dos semanas desde que desembarcara en Buenos Aires y las cosas no podían ir mejor: tenía un trabajo, había hecho algunas amistades, salía con una chica...

Por desgracia, hay personas que nacieron sin estrella. Y Joan, por supuesto, era una de esas personas. En los veinticuatro largos años que había vivido en Barcelona apenas conoció una racha de suerte, digamos, duradera. Sin embargo, la buena fortuna que le había acompañado en esas dos semanas escasas que llevaba en Buenos Aires, habría de verse truncada por un súbito y desgraciado percance.

Caminaba por la calle cogido del brazo de su acompañante, cuando de repente alguien lanzó un agudo grito que se oyó en toda la vía. Y casi inmediatamente, un sonido parecido al que producen las cucarachas cuando se las aplasta con

el pie sumió en la consternación a todos los viandantes.

El tiesto caído accidentalmente desde el balcón de un séptimo piso había acertado con gran precisión justo encima de la cabeza de Joan, quien se desplomó y quedó tendido en el suelo con una gran brecha abierta en la cabeza, de la que salía abundante sangre y masa cerebral.

—¡Monono mío! ¡Monono mío! Decime algo, no más —lloraba y gritaba la que a Joan le hubiera gustado que fuera su viuda—. ¡Decime algo!

LA CARTA

Brancaleone, 24 de Agosto de 1935.

Querido amigo,

Tal y como prometí, te envío unas palabras testigo de esta vieja amistad nuestra que aún perdura.

Desde este pequeño pueblecito continuó siguiéndome el rastro, cosa que también hacía en mi ciudad natal sólo que de otra manera. Quiero decir que mi hado por fin ha decidido dedicarme una sonrisa y que, por tanto, ya no vivo los fastidiosos misterios de la existencia con la habitual frustración característica en mí. Y aunque me sigue resultando difícil entender, al menos he podido hallar una cierta bondad en esta terca confusión. Tengo hechas las paces con el mundo. Así es que no tienes de qué preocuparte: nunca más volveré a intentar suicidarme.

¡Si hubieras visto ayer el atardecer en la isla! El cielo aparecía salpicado de todos los colores: rojos, azules, verdes, amarillos... No puedes imaginar cuántas tonalidades diferentes reflejaba. Más que un cielo parecía un imponente arco iris, escapado de alguna mitología perdida. Sobrecogido por ese paisaje, comprendía con claridad las enigmáticas palabras de Pessoa —ya

sabes, las que tantas veces hemos solido discutir—: «El poeta tiene que mirar a la poesía de abajo arriba, y nunca al revés».² Luego, me sumí en una sensación profunda que duró hasta el anochecer, momento en el que al no haber ni la más ligera nube, un cielo increíblemente estrellado me proporcionó la segunda gran alegría del día. Manu, te lo digo a corazón abierto: hasta ahora, yo no sabía que en la vida podía haber momentos tan hermosos. Pensar en mi pasado me provoca una sensación sombría y triste. Si lo hubiese sabido antes...

Ahora ya sé cuál es la mayor crueldad que he cometido conmigo mismo: nunca se me ocurrió ir en busca de la felicidad. Fui egoísta, avaro con mi vida. Es por ello que no supe reaccionar ante las numerosas muestras de solidaridad que me llegaban de todos lados. No era siquiera consciente de ese dolor que me abrasaba por dentro (como ves, he tomado una gran afición al psicoanálisis —ja,ja—).

Antes, consideraba una verdadera futilidad la tarea de conocerse a uno mismo. Sin embargo, ahora no creo que pueda haber otro camino para llegar a la felicidad.

La esperanza se ha adueñado de mí. Pero, ¿hasta cuándo durará esto? Amo cada cosa que se aparece ante mis ojos. Así, para escribir esta líneas he dejado atrás las casitas blancas del pueblo y

² La cita de Fernando Pessoa «[...] El poeta tiene que mirar a la poesía de abajo arriba, y nunca al revés» está sacada del Libro del Desasosiego. De todos modos, la cita no es literal. (N. del E.)

ahora estoy aquí, junto a un arroyo que brota veloz entre la beatitud de las piedras. La corriente, pienso, es maravillosa. Y a continuación, permanezco embobado admirando los insignificantes animalitos que viven los misterios de la tierra. O los entrañables árboles que balancean sus imponentes ramas... ¿De dónde me ha llegado este nuevo conocimiento de las cosas? ¿Cómo he conseguido esta insólita ternura profunda hacia ellas?

¡Vivir! De ahora en adelante éste será mi único objetivo. Voy a intentar llegar a la sublimación de todo aquello que hay en mí y te prometo que no volverás a verme angustiado ni vacilante en esta empresa.

Sin embargo, a veces no veo claro el porqué. Y en tales casos, dudo si no es la necesidad quien me lleva a adoptar nuevas actitudes —a pesar incluso de ser tan distintas entre sí y tan diferentes de las que hasta ahora había mantenido—. Quiero decir que la necesidad podría ser el origen y estímulo de todo esto. De cualquier manera, estoy en el buen camino para captar el mensaje. Y si no fuese así, que me sea concedido al menos el beneficio de la duda.

Ah, casi lo olvido: «he entablado amistad» con una chica del pueblo. Es fantástica. Ya te lo contaré con más detalles —no te animes tanto, no es lo que tú crees—.

Un fuerte abrazo y hasta pronto.

CESARE

ODETTE EN EL RECUERDO

«Nos echamos a perder y nos volvemos mezquinos», recuerdo que le dije a Odette en una ocasión. Y ella respondió con ingenuidad: «¿Es eso cierto? ¿De veras crees que puede haber una sola persona en este mundo que jamás haya encontrado un atisbo de sinceridad?». A menudo solía comentarle a Odette que «la sinceridad nos deja desnudos, como un castigo al que no es posible escapar. Por eso, cada vez que topamos con una verdad, es como si volviéramos a nacer». Entonces, Odette solía dar por finalizada la conversación diciendo: «Oh, cariño. Déjalo ya. Sabes que no me gusta pensar». Y así era. Sí señor. Ella prefería sentir: las cosas que la rodeaban podía sentirlas de un modo que me dejaba absolutamente asombrado. Por ejemplo, cuando permanecía extasiada horas y horas ante el cuadro «Las Señoritas» de Van der Herbe, no realizaba ningún tipo de reflexión acerca de la pintura, sino que se sumergía sin más en la sensación que ésta le producía. Hacía suyos los sentimientos del cuadro, y cuando de nuevo los sacaba de sí misma, ella formaba ya parte del cuadro. La sensibilidad de Odette y la del cuadro eran una sola. Si hubiese intentado explicar a Odette los detalles técnicos de la pintura, hubiera echado por tierra el interés e incluso el amor que sentía por el cuadro. Y ella no me lo hubiera

perdonado nunca. Porque, para entender el mundo, Odette necesitaba sentirlo. Y a fin de cuentas, yo no era quien para destruir ni una sola de sus sensaciones.

Han transcurrido muchísimos años, casi casi un período completo de la vida de un hombre. He llegado al Palacio del Tiempo y a pesar de todo aún espero algo... Si Odette estuviera conmigo... ¡No! ¡De ningún modo! No podría soportar hallarme frente al rostro envejecido de Odette. Y no por mí, sino por ella.

Había que hablarle como a los niños. Era tan delicada... Sin embargo, siempre la sentí un poco... extraña, como si estuviera siempre lejos de aquí. No supimos encontrar un nexo en común... ¿Pero qué estoy diciendo? Soy un anciano estúpido. Estas reflexiones sólo consiguen ensuciar su recuerdo. Fue con Odette con quien mantuve mis mejores conversaciones, tal vez no las más intelectuales, pero sí las más tiernas y delicadas. ¿De qué servía toda mi sabiduría al lado de una sola caricia de Odette? De nada, absolutamente de nada.

Odette se expresaba con la mirada y con gestos nerviosos. Era como un náufrago abandonado a su suerte en las silenciosas olas de los mares del mundo. Nunca supo agarrarse a una esperanza. Erraba como perdida... Ni tan siquiera fue capaz de entender el sentido del amor que le profesaba... Tal vez por eso la amaba tanto.

Unas veces pasaba las noches en vela y otras durmiendo casi ininterrumpidamente hasta

que el sol estaba en lo más alto. Se hallaba dominada por un invencible desasosiego. Y yo sufría hasta lo indecible porque no podía hacer nada. Por suerte, toda mi vida la he basado en ideales y es por ello que pude salir con bien de aquella enloquecedora situación. Además, quién sabe si llegando a descubrir la razón de su angustia, no hubiera al mismo tiempo acabado con el misterio y la fascinación de Odette... Las hadas necesitan del misterio.

Eran días llenos de amor, de los que ahora apenas queda un demudado brillo...

¡En todo el lugar no había una mano como la suya a la hora de arreglar el jardín! Además, tenía una extraña intuición para adivinar el tiempo que se avecinaba... «Mañana estará despejado», decía, y al día siguiente no veías ni una nube a la redonda, aun cuando el día en que hacía la predicción fuera el más oscuro y sombrío del año.

«Hoy sufro porque no estás aquí y antes porque estabas conmigo» decía el estribillo de aquella hortera cancioncilla de moda. No quisiera echar un borrón sobre tu recuerdo, pero... entre tú y yo creo que siempre hubo una suerte de máscara que nos hacía vivir como exiliados el uno del otro. En vano me hubiera esforzado en saber quién eras. Y si lo hubiera sabido, sólo hubiera servido para hacer aún más cómico nuestro mutuo... ¿desafecto?

Te volvías loca por la danza. Y reconozco que eras una formidable bailarina. La mejor. Cuando bailaba, parecía que la alegría del mundo se hallaba en cada uno de sus pasos. Aún más, la

frialdad que normalmente la rodeaba desaparecía. Me gustaría saber qué es lo que encontraba en la danza... Porque, a veces pienso si acaso ella no escuchaba sonidos que los demás no podíamos oír... Al acabar, su corazón latía a pequeños saltos en su pequeño pecho. «También yo moriré algún día. ¿Pero y qué importa si has sido mía?» decía la misma canción hortera tan de moda en los salones de todos los palacios. Tal vez sólo sea un viejo loco. tal vez me haya convertido en un anciano ridículo... Sin embargo, me alegro de mis locas palabras y de mi ridiculez.

Mañana cumplo ochenta y dos años. ¿O serán ochenta y tres...? ¡Bah, qué importa! Hace ya cuarenta años que me dejaste, Odette, ¡cuarenta años! Moriste en mil ochocientos veinticuatro. ¡Qué solo he vivido desde entonces! He llegado a la vejez. O mejor dicho, hace tiempo que llegué, sí, a este tiempo terminal. ¿Te das cuenta? Mi longevidad es lo único que he ganado. Cuando era joven, mi modo de expresión era la acción. Sin embargo, hoy día tengo que vivir de mis recuerdos. Además, hay demasiado silencio acumulado en estos salones antaño alegres y tan llenos de vida. Y he descuidado mi aspecto: no me afeito todos los días, no utilizo las colonias que tanto te gustaban... Poco a poco, la esperanza ha ido muriendo en mí. Y yo también. «Llegaré hasta ese recodo del camino, y no te encontraré». La, la, la. Era tan hortera la canción que nos moríamos de risa. Odette, creo que todo ha sido en vano. ¡No! ¡No es verdad! ¡Aguarda! ¡No te enfades conmigo!

¡Vuelve, Odette! ¡Vuelve! ¡Estoy tan solo! ¡Odette!

EL DIARIO

19 de Marzo.

Pensar en la calle de la ciudad que no volveré a ver me llena de emociones confusas. Mientras tanto, veo cómo los inútiles recuerdos abarrotados de ausencia se desnudan tras el biombo y cubren de mentiras la habitación.

Soy un viajero nato y la misma relación que mantengo conmigo es una relación de paso. No aprendí, cuando pude haberlo hecho; no fui, cuando pude haber sido.

El día de hoy es el día diecinueveavo del mes. El tiempo me envejece, como a todos. Por eso escribo este diario, frente a frente conmigo.

Frank Westbrook. Últimamente este nombre sólo causa problemas. Hace dos semanas hablé por teléfono con Frank. Está cambiado. No es el de siempre. Cuando hablo con él, noto en su voz un peligroso tono sarcástico que no tenía antes. Creo que se ha vuelto cínico. Tal vez esté dejando de ser joven. Hoy también, a pesar mío, he pensado en Frank una y otra vez.

Miro los copos de nieve caer casi con ternura pero soy incapaz de hallarlos hermosos. He pasado así largo tiempo, asomado a la ventana, indiferente ante esas pequeñas «cosas» que caían tercas desde algún sitio... De repente, por un

momento, he pensado que nunca más iba a salir de nuevo a la calle, y que permanecería aquí para siempre, en casa, fumando incansable cigarrillos baratos.

En el balcón de enfrente alguien ha puesto una bandera con crespón negro. Más tarde, una charanga callejera ha pasado justo por debajo interpretando populares y escandalosas melodías. Pero no han respetado el crespón de la bandera y es por ello que sus alegres canciones me han parecido tristes y, sobre todo, extrañas.

El sueño llega a veces de improviso. Luego, al despertar, tengo la impresión de haber encontrado un mayor sentido a mi vida de inquilino-del-cuarto-piso.

A primera hora de la mañana, el viento silbando en el alféizar ha sido el primero en saludarme. Casi de inmediato, he pensado con terror que ése era el último saludo. Luego ha salido el sol y ya no he vuelto a pensar más en ello. Y he seguido durmiendo. El sueño parece una eternidad, sobre todo cuando has pasado toda la noche escuchando el fondo de las cosas. Ahora vivo con más pasión que antes... en el intervalo de las palabras.

Pensar que puedo ser la persona que quiero tal vez pueda parecer un exceso de optimismo. Sin embargo, a todos nos hace falta un escenario para poder huir. A todos nos hace falta una esperanza a la que recurrir —tengo un amigo que busca su esperanza en las basuras. Y siempre encuentra algo.

—No sabemos cuál es la finalidad por la

que somos —comentaba el otro día Leonard.

—Leonard —le respondí—, nosotros mismos somos esa finalidad.

Leonard sabía muy bien a dónde quería ir a parar, aunque no tuvo el valor de vivir mi contestación hasta sus últimas consecuencias.

Las mujeres vivimos sin saber nada de nosotras, con toda nuestra alegría, con todo nuestro teatro. Los tontos ríen. Y yo también. Al menos, eso es lo que intento —aunque mi risa siempre está a punto de romperse, y tiembla ante la sonrisa del primero que llega.

La forma que tiene Maya de mirar es frágil y pusilánime, como lo suelen ser casi todas las palabras que surgen desde el corazón. Los ojos de Maya son tan expresivos como los ojos de las palabras. Maya: una esperanza de oro arrojada a la basura. Maya o el abrazo de los cuchillos que todas las noches aparecen en mis sueños. Maya o la voz de la lluvia poco antes de ocultarse para siempre, convertida en humo. Maya: la mejor ayuda de todos los días.

¿Para qué me enseñaron a leer? ¿Por qué no me enseñaron a existir? Cuando leía ayer a última hora un trabajo que había dado por acabado, por un instante permanecí como un niño al que han atrapado robando cosas sin importancia. Luego, fui hasta la ventana que permanecía abierta y en la oscuridad del día lo vi todo con claridad: mis frases únicamente eran cosas que saben a tierra, paisajes que yacen muertos en los cuadros, lejanías que se difuminan en colores vivos. Las intenciones

nadaban en un mar seco sin llegar a realizarse y se perdían sin rumbo, alteradas, como empujadas por una decisión irrevocable.

El viento se ha levantado súbitamente y yo he vuelto a mi rutina enfermiza. Pienso que el mes de Marzo no está bien de la cabeza: ¿cuándo se ha visto que nieve, haga viento, llueva y salga el sol casi-casi al mismo tiempo?

A lo que soy le falta algo y no sé por dónde empezar a sufrir. Los colores azul y verde guardan la mentira del opio. El amarillo, sin embargo, está muerto porque era el portador de la desconfianza. Cascadas de agua se precipitan veloces por debajo de las tonalidades. En el agua, cadáveres no-reconocidos gritan: «¡Las certezas que vuelan por lo alto acabarán contigo! ¡Apártate de ese falso camino si no quieres destruir lo poco que de ti eres!

Hace frío. Quisiera dar con una definición pero no puedo.

La primera estrella de la noche —¡tan distante!— ha hecho un gesto a eso de las diez y pico de la noche.

—¡Ya sé qué estás en un lugar remoto! —le he gritado—. Pero sin embargo, ¡puedo verte!

Luego, he cerrado el Diario y he reído alegremente al escuchar mi carcajada.

DARIANA AL SOL

Los rayos del sol habían sumergido a Dariana en un sueño confuso que se prolongaba más allá de la transparente claridad del día. A pesar de ello, hacía esfuerzos por mantenerse despierta, pero sin dejarse arrastrar por las reflexiones monótonas que últimamente se habían apoderado de ella. El sol caía con violencia, como queriendo prender fuego a la tierra. Y en medio de ese sol abrasador, Dariana permanecía inmóvil, tumbada boca arriba sobre la tierra color marrón.

El cuerpo de Dariana yacía desnudo. En la inmovilidad del verano, en aquella tierra muerta en apariencia, esta mujer ya en el ocaso de su madura juventud hacía frente a los recuerdos que aquella mañana parecían desbordarla. El sol se extendía a lo largo del cielo convertido en una impresionante llamarada y amenazando con abrasarlo todo —la tierra y el cielo del que todavía milagrosamente pendía—. Su piel de color aceituna se fundía en el marrón claro de la tierra.

Por la cabeza de Dariana desfilaron rostros de una época, impresiones y fragmentos de frases (recuerdos todos que parecían estar más lejos incluso que los remotos países del lejano Oriente).

—Para siempre... —susurró. Y esas dos palabras se convirtieron en sus labios en una tierna amargura—. Para siempre...

Del profundo cielo azul, una oleada de recuerdos llegó hasta ella.

Sus cuarenta y seis años recién cumplidos asomaban a un paisaje nada tranquilizador. Y pensó que ojalá pudiese regresar atrás en el tiempo, retornar a los paisajes de la juventud, gozar otra vez de las limpias esperanzas de los veinte años...

Con los ojos cerrados, ofrecía al sol su piel. En aquél pequeño resquicio del bosque, exiliada entre malezas y zarzas, interrogaba a la soledad del lugar. Desnuda sobre la tierra cavilosa, por un momento se sintió la protagonista de una de aquellas novelas que tanto amaba.

—Ojalá estuviera también desnuda de recuerdos —suspiró.

Recordó su boda, cuando apenas había cumplido veinticuatro años: la luna de miel en Lisboa, las infatigables excursiones a través de las viejas y desasosegadas calles de Pessoa, el viaje por la costa que duró dos semanas con sus días de playa, de sol, de baños. Y sus noches... Bebieron de la alegría de los recién casados tal y como en aquella época solía hacerse aún. Pero cuando llegó el día de volver a casa, recordaba, una sombra había acometido su frágil mundo. Y una vez de regreso del viaje de novios, permaneció vacilante antes de decidirse a entrar en la casa en la que a partir de aquél momento tendría que vivir. Y una vez dentro, le pareció que decía adiós a algo — *para siempre...*

Desde entonces habían pasado muchos años. Y tanto los buenos como los malos

momentos, siempre los supo vivir con la *fuerza* que solamente en unas pocas personas solemos hallar.

—Fuerza... Fuerza para vivir... para luchar todos los días —susurró, al tiempo que se protegía los ojos del sol con la mano puesta a modo de visera.

Dariana había desarrollado en torno al concepto de «fuerza» una pequeña filosofía. Esta pequeña filosofía suya la tenía como guardada en una cajita, que sólo abría cuando le era necesario.

Aunque siempre vivió rodeada de todo tipo de comodidades, nunca consiguió una completa seguridad en sí misma, y ello la había llevado a sentirse como arrojada a un río de aguas rápidas.

El sol había llegado a su punto más álgido en el cielo y caía sobre la tierra con fuerza inaudita. A pesar del insoportable bochorno, los pensamientos de Dariana continuaban despiertos.

Su cuerpo así tirado era más hermoso que nunca. Y en la soledad absurda y voluntaria del bosque, parecía que hubiera dejado de existir. Por cada uno de sus poros brillaba una diminuta gota de sudor.

—Quien pide amor no da nada; y quien da amor, como no pide nada, no recibe nada —repitió en voz alta las palabras que en cierta ocasión le dijera a uno de sus numerosos amantes.

Porque en la vida de Dariana hubo muchos amantes. Es más, puede que la base de su matrimonio se hallara precisamente en esos amores prohibidos. ¿Por qué? Tal vez, porque impulsada por la sociedad-consumo deseaba consumir

también el mayor número de amores posibles — seamos vulgares intelectuales de pacotilla—; o, tal vez, porque la seguridad que nunca tuvo a lo largo de su vida trataba de encontrarla en cada uno de sus amantes —demos una oportunidad al romanticismo y al psicoanálisis—; o, tal vez, porque a nadie le amarga un dulce —seamos maliciosos como el pueblo lo es.

De cualquier manera, los cuarenta y seis años de Dariana estaban acostumbrados a vivir — eso es lo que importa—. Y precisamente salir del estrépito de la vida era lo que le producía un dolor sordo en el corazón. Sobre todo, la idea de renunciar a la vida amorosa se le hacía especialmente insufrible.

—¡Gozar! ¡Sufrir! Sí, pero... por ser joven. Quiero gozar de nuevo mi juventud. Quiero sufrir otra vez mi juventud... —gimió en voz baja, con una cierta rabia contenida.

Desnuda sobre la tierra desnuda, Dariana abrió un poco las piernas. Y sintió que los rayos del sol la penetraban.

GIZON³

La soledad —tan real como los sueños, tan ficticia como la realidad— fue la mayor tragedia que le había tocado padecer. Se trataba de esa misma soledad que a todos amenaza como un disparo imposible de esquivar. Precisamente por ello, vivía el mundo asomado a una ventana de paisajes interiores, afligido por una profunda desazón.

No voy a mencionar el nombre del protagonista. Sólo os diré que era un hombre. Además, es muy probable que ni tan siquiera él supiese cómo se llamaba (¿tienen nombre los fantasmas de los sueños? ¿tenían nombre aquellos pequeños pueblos que veíamos pasar ante nosotros rápidos —como una sensación— mientras estábamos asomados a la ventanilla del tren en el que viajábamos desde hacía lo menos diez horas?—.

Sin embargo, la vida de Gizon —de ahora en adelante, es así como lo llamaré— a pesar de estar abocada a la angustia, tenía también sus felicidades y sus placeres. Verbigracia, cuando en los días de sol iba caminando hasta la cafetería de la playa y se sentaba ante una de aquellas pequeñas

³ La palabra vasca «Gizon» significa «Hombre» en castellano. A pesar de ser en ambos idiomas un sustantivo común, aquí en el cuento pasa a convertirse en un nombre propio.

mesas redondas de color blanco, y dejaba que el tiempo transcurriera admirando a las mujeres jóvenes y esbeltas que pasaban por delante suyo sin mirarle; o bien si no, perdido en la ensoñación que le producía el atardecer dulcemente trágico del verano; o entregado a reflexiones sobre las personas que en aquél instante compartían con él ese café...

Pero lo que más le distraía era imaginar diálogos con amigos inexistentes.

—Buenas tardes, Sr. Kolovoski.

—Eso mismo le digo, Sr. Gizon.

Y a partir de ese momento, no cesaba de imaginar diálogos que poco —o nada— tenían que ver con las conversaciones de la vida diaria.

—Créame, Sr. Gizon. Todos los viajes terminan en el olvido.

—Perdone que le contradiga, Sr. Kolovoski, pero yo no estoy muy seguro de ello. Por ejemplo, el Berlín que yo amo es el que yo he imaginado. Y nunca me olvidaré de ese Berlín. Pero del otro Berlín, del Berlín real, de ése por supuesto que ya no recuerdo nada...

Los personajes imaginarios de Gizon siempre hablaban con un tono impreciso y delicado, como surgidos del lugar más recóndito del universo.

—Observo, Sr. Gizon, que con frecuencia menciona Berlín en nuestras conversaciones... ¿Qué es exactamente para Vd. ese Berlín de su imaginación?

—Es un universo que me sonrío, un puente

hacia las sensaciones profundas, una voz que desde un gesto susurra a mis oídos enigmas y secretos perdidos... Todo lo que he deseado está en ese Berlín inexistente. La razón de mi vida está en el Berlín que no poseo. Porque, en realidad, es este Berlín quimérico quien me posee a mí... Está dentro de mí. No es una ciudad, sino un símbolo. O, si lo prefiere, una bandera: la de todos aquellos que amamos la vida a nuestro modo.

De vez en cuando se detenía y quedaba como perdido en el eco de sus palabras. Luego, acercando de nuevo la tacita de café a sus labios, reanudaba la fantástica tertulia.

—Es Vd. el hombre absurdo de una ciudad absurda, Sr. Gizon.

—¡Tantas cosas lo son, Sr. Kolovoski!

—Vd. es un poeta.

—Tal vez por eso son tan tristes mis alegrías. Pero y Vd., ¿quién es Vd. exactamente?

—Yo, Sr. Gizon, sólo soy un hombre.

El tiempo de Gizon era un movimiento breve enfrentado al éxodo calmoso e imparable del tiempo y de la realidad. Y aunque no entendía la vida en sociedad, sabía —a pesar de todo— amar a todos aquellos que vivían al otro lado del muro porque, según él mismo reconocía, ¡qué difícil sería vivir sin poder amar nada ni a nadie!

Gizon se hallaba desnudo ante una vida que sin embargo idolatraba hasta sentir dolor. Y en la bruma espesa que habitualmente le cubría, apenas eran reconocibles aquellas señales temblorosas y amargas que algunas experiencias habían ido

dejando en su mirada. Y a pesar de todo, Gizon amaba la vida... incluso cuando la odiaba.

—El tiempo cambia constantemente — continuaba enfrascado en su curioso diálogo—. Por ejemplo, de lo que ayer fui a lo que hoy soy hay un largo camino.... Pero... ¿quién... qué soy yo, Sr. Kolovoski?

—Vd. ayer era lo que exactamente es hoy, es decir, un hombre.

—¿Pero, y mañana...?

El viento soplaba ahora del mar y traía a Gizon el sabor del salitre —ese sabor íntimo y delicado de la costa—. El sol había provocado un incendio en el cielo y no se extinguió hasta que la impresionante llama se hubo ocultado por una brecha abierta en el horizonte. Había llegado la hora de que Gizon se despidiera de su amigo imaginario. Así es que, concentrando toda su atención en las pequeñas colinas de color rojizo que rodeaban la ciudad, se levantó y marchó hacia el cuarto que era su casa.

Por la noche, cuando ya se había acostado, empezó a caer una lluvia fina y menuda. Y al cabo de un rato, se habían formado pequeñas gotas de lluvia que resbalaban caprichosas en el cristal de la ventana.

En su soledad, Gizon imaginó que lanzaba un grito en mitad de la noche. Por un momento, creyó que alguien respondía.

SOLILOQUIO

Debiera estar pensando en cómo encontrar un trabajo y sin embargo sólo pienso en problemas *Woody-Allenianos*. A fin de cuentas, ¿quién soy yo? ¿Por qué soy *este yo* y no *ese otro yo*? Y de todas maneras, ¿qué *otro yo* me gustaría ser si pudiera ser *otro*? Como todos los euskaldunes, parto de la palabra *nor*, el pronombre que expresa la pasividad. Porque *ser algo* es una acción pasiva. No hace falta hacer nada para *ser algo*, para *ser sin más*. Sin embargo, *nork* es diferente. Es el pronombre que precipita la acción. Nos enfrenta al mundo, nos comunica que es imprescindible luchar. Es por ello que lleva una K, porque la letra K es un sonido duro, tan duro como lo es «el oficio de vivir»⁴. Horror... ¿No es Ander el que viene por ahí? Es mejor hacerse el despistado. No sé qué pasa con él pero cuenta unas historias rarísimas. Además, habla hasta por los codos y total no dice nada que merezca la pena escuchar. Es como si su habitual estado de ansiedad lo liberara a través de esa insoportable verborrea...

Últimamente apenas he solido venir a pasear por la playa. Sin embargo, en una época venía casi todos los días. En invierno, pasear por la playa aumenta la sensación de soledad. Al final,

⁴ «El oficio de vivir». Parte del título de un libro de Cesare Pavese titulado «El oficio de vivir / El oficio de poeta».

acaba dando hasta rabia. ¡Uno se harta de ver el mar todos los días! Es como una isla que fuera una cárcel. El preso pasa los días y las noches mirando hacia el horizonte. Sueña que es libre. La libertad de ahí afuera le parece el sueño más hermoso. Sin embargo, él sabe que esa libertad exterior es una ilusión. Sabe que fuera hay también otro tipo de cárceles, y que en realidad ese mar es sólo otra cárcel...

Esta sensación de soledad te persigue toda la vida, llegando incluso a convertirse en tu mejor amigo. La soledad ladra, muerde y guarda fidelidad igual que un perro. Es como un regalo sin sentido, o como una broma de pésimo gusto. De todas maneras, hoy día no sabría vivir sin estar solo. Claro que probablemente yo nunca he sabido vivir. Para mí que ese «saber vivir» implica algún tipo de arte, o de don, que yo nunca he tenido o no he sabido descubrir. Por otro lado, si un anciano de ochenta años dijera «Yo he sabido vivir», lo más probable es que no le creyera. Una cosa sí creo: la soledad es uno de los peores enemigos. Es necesaria la compañía de otras soledades. Es precisa la camaradería de todas las soledades que vagan sin rumbo por las calles. «Burkideak»⁵...

Paseo por la Parte Vieja de la ciudad y tengo la impresión de ser una especie de decorado para la calle, arrojado en contra de mi voluntad al escenario de un domingo. Soy todo lo vulgar que

⁵ «Burkideak». Traducción al euskara del libro «El Camarada» de Cesare Pavese, realizada por Xabier Mendiguren y publicada por la editorial Elkar.

pueda ser un pensamiento vulgar en mitad de la multitud vulgar. Carezco de importancia —y eso me gusta—. Estoy preparado para ser un difunto y siento que soy una tragedia más en esta tragedia de muchos. La existencia es trágica —aunque los que viven en la superficie no se dan cuenta, porque no ven...

Tengo vergüenza de caminar solo entre tanta gente acompañada y siento envidia cuando hallo algún rastro de felicidad en los demás. ¡Pensar que estamos haciendo historia! Todos, en este instante, en las calles de este instante, estamos escribiendo un libro de historia que no trae fechas, ni frases, ni tampoco tablas cronológicas. Únicamente imágenes.

De todos modos, y a pesar de estar solo, pienso que es imposible estar de otra manera. Tal vez sea de los que comprenden las cosas desde la soledad. De los que viven las felicidades de la vida cotidiana desde su soledad. «El lobo estepario?»⁶. Ni lo he leído. Pero de ningún modo. Soy la misma estepa. La estepa fría y cruel. La estepa odiosa y monótona que se repite durante miles y miles de kilómetros. El lobo no sabría vivir fuera de mí. Es por eso que me ama y me sufre y me defiende. Es por eso también que anhela mi destrucción. El lobo me existe —como muy bien podría decir Don Fernando Pessoa— y por eso permito que me hiera...

A veces siento en mí una fuerza que sólo

⁶ «El lobo estepario». Título de una novela de Hermann Hesse (se halla traducida al euskara en la colección «Ibaizabal»).

ansía derribarme, sin miramientos, con ironía demoledora, con inevitable cercanía. Incluso la siento tras de mí cuando vago por la calle. Si consiguiera una quietud absoluta... Pero ello es imposible en vida. Porque lo que yo espero está en el polvo de los sueños de las estrellas (una súbita traición en el cielo).

Ese cartel dice que un hombre ha muerto en Togo. ¡Qué lejos —y qué cerca— del pueblo que amaba! En Togo... Un montón de gente, aunque vive aquí, en Euskal Herria, vive sin embargo muy lejos de aquí, de Euskal Herria. Al final, también nosotros, los no-cristianos, acabaremos gritando: Señor, Señor, ¿por qué nos has abandonado?...

Lo dijo el poeta: «vivir duele»⁷. Y es duro no tener padre ni madre. Es duro ser huérfano y extranjero del mundo. ¡Estoy vivo! ¡Eh, eh! Mi mensaje se oculta al borde del camino. Allá donde la luz se extingue. ¡Eh! ¡Tenéis que sospecharme! ¡Tenéis al menos que sospecharme! Eh! Sólo soy una hoja. Ya lo sé. Pero, ¡no estoy en blanco! ¡No permitáis que sucumba en este soliloquio literario! ¡Eh, eh!

—Hola, Kepa.

—Ah! Hola, Ander. Perdona. No te había visto. ¿Qué tal estás?

⁷ Lo dijo el poeta: «Vivir duele». Cita de Pessoa.

¿POR QUE MORIMOS, MISTER LINTON?
(Cuento policiaco)

FIN⁸

⁸ A veces, incluso los mejores detectives fallan. Sorry. (N. del E.)

DOS AMIGOS QUE ATRAVIESAN LA CIUDAD

—¿A dónde irías si pudieses ir a algún sitio?

—¿Y tú qué desearías si pudieses desear algo?

Los dos amigos no cesaban de charlar y caminar al mismo tiempo, hallando en ello una suerte de vínculo fraterno que les tranquilizaba el ánimo, ya de por sí bastante dado a la melancolía y a una cierta depresión-tristeza tan típica de los habitantes de los grandes centros urbanos.

Mientras tanto, sobre las alturas más imponentes de la ciudad, el sol mostraba con orgullo todo su insólito poderío.

Sin reparar en ello, los dos amigos continuaban caminando. Conversar les devolvía una confianza perdida hacía ya tiempo, razón por la que con gusto hubieran llegado hasta el final de sus vidas sin abandonar aquél agradable e íntimo diálogo. Abstraídos en su plática, podían entender mejor el genio, la esencia del ser humano. Y sin embargo, era como si sus palabras escaparan por el aire, quedando desparramadas aquí y allá —una columna de humo que sube y sube hasta desaparecer.

—Para mí, el resto de las personas son novelas sin título.

—Para mí, paisajes nunca hollados.

—De todos modos, tal vez las demás personas seamos nosotros mismos.

—Yo me siento como si hubiéramos escapado de algún sueño extraño.

Las conciencias excepcionales acostumbran a albergar inquietudes insólitas que atraviesan con vuelo perezoso la tierra de la fantasía, que es su patria.

La incomprensible quietud de la ciudad arrastra consigo una esperanza. Sin embargo, en el inacabado paisaje del asfalto, nadie ha conseguido alcanzar esa esperanza. Y las calles —tan familiares y cercanas hasta hace un instante— se tornan ahora extrañas y remotas. Y es por ello que vamos de un puente a otro, convencidos de que gracias a las anécdotas arrancadas de los libros lograremos arrinconar esta indiferencia en la que estamos presos.

—Aquél que vive siempre pensando en la muerte no vive de veras.

—Tienes razón. En cierta medida, es preciso olvidar que un día moriremos.

—Además, en el mundo también hay muchas cosas bellas.

Cuando las seis estrellas aparecen semiocultas en el firmamento, las livianas esperanzas huyen veloces hacia ellas. La noche se ilumina en las ventanas —no quiere ir a dormir (teme que un mal sueño se apodere de ella).

Los dos amigos continúan caminando, mas ahora lo hacen en silencio. En el cielo oscuro e

iluminado por las luces artificiales de la ciudad, las nubes corren una tras de otra, incansables, como si jugaran a cogerse.

La angustia que súbitamente se ha apoderado de los dos amigos es un dolor apagado en sus entrañas. A los dos les gustaría subir a un tranvía y no bajar hasta llegar al mundo de la diversión. Los taxistas, los oficinistas, los estudiantes... Todos parecen ser más afortunados que ellos. Todos parecen llevar en el rostro el sello de una existencia vivida con mayor alegría. Todos se asoman a un paisaje dichoso. Todos saben dejar a un lado los esfuerzos inútiles.

—¿Sabes una cosa?

—Te escucho.

—En este momento, desearía ser otro.

—Sí, yo también.

HABITACIONES CONTIGUAS

Unas paredes tan gruesas como absolutas los aislaban, obligándoles a vivir sumergidos cada uno en su propia soledad y haciendo lo imposible por evitarse. El era un hombre, ella era una mujer.

Sin embargo, esa soledad les atravesaba como un dolor insufrible que parecía no iba a cesar nunca. E incluso cuando unas irreprimibles ganas de gritar se apoderaba de ellos, a pesar de anhelar vivamente estar juntos, ni siquiera entonces hacían nada que pudiera acercarles el uno al otro.

Compartían el pequeño espacio dividido en dos por un tabique, es decir, vivían en sendas habitaciones contiguas de alquiler. Y era como si su silencio y su soledad formaran parte también del alquiler. Pero el silencio es avaro, y los avaros son insaciables (nunca tienen suficiente).

A fin de no coincidir en el pasillo, se esforzaban hasta lo increíble. Razón por la que siempre permanecían en acecho uno del otro.

Hacía siete años que el destino les había puesto frente a sí. Cuando llegaron a las habitaciones —él algunas semanas después que ella—, los dos soñaban con mayor esperanza que ahora. Incluso dieron los primeros pasos para intentar dar comienzo a una tímida amistad. Así, un día él llamó a la puerta de ella y le propuso bajar a tomar un café en la terraza de la cafetería que había

cerca de casa. Y a ella no le pareció mala idea. Así es que bajaron a la calle, eligieron una mesa en la terraza del café, intercambiaron alguna que otra mentira, aparentaron un poco más de lo que en realidad «eran» y tomaron su café. Al cabo de una hora, decidieron ir a dar un paseo por la ciudad. No es fácil de explicar lo que luego ocurrió, pero digamos que se apoderó de ellos una confusa y desagradable disposición de ánimo. La culpa fue de un súbito silencio surgido cuando menos se lo esperaban. Fueron incapaces de superar aquella obscena falta de comunicación que se había alzado entre ellos tan gruesa y absoluta como una pared, y comenzaron a ponerse nerviosos.

—Lo siento, pero debo irme —dijo ella al cabo de un rato, sin poder ocultar su nerviosismo.

—Sí, bueno... Yo aún me acercaré a la playa. Hasta luego —respondió él, lacónico.

Y cada uno se marchó por su lado.

Luego de aquella ocasión, él aún habría de volver a invitarla algunas veces más a tomar café. Pero ella siempre encontraba una excusa u otra para posponer su invitación y demorarla hasta el día siguiente.

—Gracias. Pero hoy estoy demasiado cansada...

O también:

—Lo siento. Me duele terriblemente la cabeza. La próxima semana, tal vez...

Poco a poco, las invitaciones a tomar café fueron espaciándose más y más. Hasta que un día desaparecieron del todo. Pero la cosa no quedó ahí.

La simpatía de los primeros días poco a poco dio paso a una animadversión y odio fatales —aunque ellos no se percataron inmediatamente de ello—. Y a partir de entonces, su odio creció y creció sin tregua ni límite (no sabían que en realidad eran sólo dos anacoretas maltratados por las circunstancias).

A partir de aquél día en adelante, el único ser vivo que se asomó a sus ventanas fue la misantropía.

La soledad trepaba silenciosa como una hiedra hasta las habitaciones de los dos inquilinos. Y una vez dentro, arrastraba su insidia y la vertía en las tazas de café humeantes, como se vierte un veneno.

Sobre las dos habitaciones pendía una suerte de encantamiento, de oscura prohibición, y era como si fuera a extenderse por el resto de la casa —habitada por otros inquilinos en sus habitaciones.

Podían haber tratado de vivir de otra manera. En vez de vivir a costa de los verbos potenciales, hubieran podido hallar un lenguaje amoroso o, cuando menos, solidario —aunque sólo fuese una mirada, un gesto o un saludo—. Sin embargo, los mecanismos defensivos del individuo con frecuencia son más fuertes incluso que el individuo mismo (sin tener en cuenta el grado de vileza que escapa a nuestro control).

A fuerza de insistir una y otra vez, la autocompasión puede ser el único resultado obtenido a modo de premio. Porque, eso sí, ambos personajes tenían una gran compasión de sí

mismos. Al vivir atemorizados en lo que se refiere a sus sentimientos, no tenían más remedio que recurrir a falsos y enfermizos estímulos elaborados con una claridad mental que únicamente funcionaba a la hora de odiar y aborrecerse. Habían desterrado del universo que formaban sus habitaciones cualquier actitud que pudiera tener alguna relación con la *acción*. Y permanecían distantes, con la mirada extraviada en una esperanza marchita.

Aprisionados cada uno en sus cuatro paredes, estos dos seres hacía tiempo que ya no soñaban, pues ellos mismos habían llegado a convertirse en sueños —sueños vagos e imprecisos—. No deseaban nada, excepto insistir en su odio recíproco. Aún así, eran del todo incapaces de llegar a un enfrentamiento abierto y real (es decir, con insultos, gritos, perfidias...). Cosa fácil de entender, puesto que ninguno de los dos vivía una vida real. Por el contrario, permanecían en sus habitaciones como dos plantas en un invernadero estrecho. Y día a día morían como mueren los animales en sus guaridas —heridos y atemorizados (sobre todo, de sí mismos).

Pero no renunciaron, sino que prosiguieron entregados a su fatal egoísmo. Con los ojos cerrados, veían cómo el cerco de la noche se cernía sobre ellos. Con los oídos taponados con bolitas de cera, escuchaban cómo la noche hacía burla de ellos.

Echaron a perder su alma, y también la posibilidad de volver a empezar. Los años —como

bien es sabido— no transcurren inútilmente, y la pintura de sus respectivas habitaciones fue adquiriendo un color inexplicablemente morboso. Era el color de la amargura.

El fastidioso hado de los inquilinos —tan desdichado como el del lector insaciable arrojado a la indigencia— acabó precipitándose en un suicidio interior que habría de llevarles a la nada.

Así, cuando uno de los dos comenzaba a andar por la habitación, el otro se ponía en acecho (como los animales que se disponen a atacar o que han sentido la amenaza de algún peligro), los músculos en tensión, todos los sentidos concentrados en el ruido provocado por *el monstruo de al lado que ¡se había atrevido a molestar!*

Un día, él comenzó a dar vueltas de un lado a otro de su habitación. Llevaba puestas las desgastadas zapatillas de color marrón que tenían un agujero por el que sobresalía el juanete. Y estuvo así durante unos minutos, sin cesar de caminar por el exiguo espacio de su habitación. De repente, se escucharon unos fuertes golpes dados contra el tabique. Los golpes eran para advertirle que debía dejar de caminar ipso facto. Por supuesto, era ella, la inquilina de la habitación contigua, que por primera vez había dejado que su odio adoptara una forma de expresión exterior, vertiendo a través de una acción real la inquina desde hacía tiempo guardada en su interior.

Los golpes sólo consiguieron ponerle furioso y comenzó él también a golpear la pared con todas sus fuerzas.

Así estuvieron durante largo rato, golpeando sin cesar en el tabique, hasta que alarmados por el escándalo salieron al pasillo el resto de los inquilinos de las demás habitaciones.

El mutuo aborrecimiento que se profesaban había traspasado sus cuartos, cosa que no volvería a ocurrirles nunca más. Estaban aterrorizados, pues se habían dado cuenta que su aversión era más fuerte incluso de lo que ellos creían.

Luego de aquél suceso, los años transcurrieron rápidos —casi, con la velocidad de una imagen—. Sin embargo, él y ella continuaron siendo lo que siempre fueron: dos sombras anónimas y desconfiadas. Y hasta tal punto se odiaron, que un buen día ese mismo odio les estalló en la cara, produciéndoles la muerte en el acto. Pasaron unos días antes de que hallasen sus cuerpos tendidos cuan largos eran en sus respectivas habitaciones.

Una vez muertos, aún habrían logrado ser felices, si no fuera por que tuvieron la mala suerte de que los enterrasen juntos, uno al lado del otro, separados por un tabique de tierra, en sendas fosas contiguas.

MADRE DE LA VIDA Y DE LA MUERTE

El sonido de la lluvia cayendo —tenaz— sobre la ciudad se había convertido en el maravilloso eco del tiempo que, como una voz empeñada en no extinguirse, repetía pausada e insistentemente su mensaje. Sin embargo, la visión de esa incesante lluvia acrecentaba por alguna inexplicable razón la angustia de Olaxta. Mientras, la noche comenzaba a posarse en las ventanas de las casas como un pájaro de mal agüero.

«Mi pobre hijito vive muerto en sueños de coral. ¿Cómo es posible que permanezca de brazos cruzados? ¿Tengo acaso el corazón de piedra?».

Así de tristes eran los pensamientos que por la cabeza de Olaxta pasaban dejando un rastro doloroso y una sensación de amargura (como si esa tribulación, ese dolor y esa amargura formaran ya parte de su propio cuerpo físico). La razón de tal aflicción era su hijo, quien desde hacía tres años yacía sumido en un sueño irreal y fantástico, conectado a los aparatos que en el hospital le mantenían con vida.

—Clínicamente está muerto —fueron las palabras del cirujano.

—¿Qué... qué quiere decir? —le había preguntado Olaxta.

—Quiero decir —le respondió el médico— que su hijo no despertará nunca. Vivirá siempre

inmerso en un sueño profundo gracias a unos aparatos que lo mantendrán con vida.

«*Vivirá siempre inmerso en un sueño profundo...* Estaré a su lado, pero él no sabrá que estoy ahí. Mi pobre hijo se va a sentir muy solo, terriblemente solo... Ahora ya no podrá conocer todas las felicidades imposibles que había guardado para él. No sabrá que todo el amor del mundo le aguardaba en su cuna. No sabrá nunca que antes de haberle visto pasar hambre le hubiera ofrecido mi propio corazón como alimento. ¡Oh, Dios! Mi hijo no debe pensar que su madre le ha abandonado. Tal vez esté rodeado de pesadillas. Tal vez me está llamando y yo no puedo ayudarle, ni siquiera puedo darle un beso para tranquilizarle... ¡No quiero un hijo que nunca jamás va a sonreírme! ¡No lo traje al mundo para ofrecerle una noche interminable!».

La mirada de Olaxta era de tierra y sus ojos siempre estaban enrojecidos. En el rostro, una expresión alejada del mundo se perfilaba con claridad. Olaxta luchaba desesperadamente por encontrar una solución. Arañaba las sombras con las uñas y cantaba en voz muy baja canciones para niños que nadie oía.

Bajo el sol pálido del otoño, atravesando las hojas rotas y desparramadas por el suelo, las horas se vaciaban de sentido y de tiempo. Olaxta, diluida en un dolor sordo y obstinado, sentía que un fuego invisible la abrasaba, y para escapar de esa llama, sumergía su mente en cada gota de lluvia...

«Y entonces, ¿así transcurrirá toda tu vida? Ay, mi pequeño. ¡Ojalá estuvieras conmigo! ¡Si

supieras cuánto sufro al ver tu camita vacía! Quiero volver a jugar con tus manos, a jugar contigo al juego de la felicidad... Tus ojitos alegres colgados de mi sonrisa... Poco antes de que apareciera la enfermedad... Y la angustia, mientras duraba la operación...¡Oh, no te quiero consagrado a la muerte, atrapado en un indescifrable jeroglífico, lejos de todas las mañanas relucientes! ¿Quién te ha ofrecido este presente sin futuro? Si tu destino no quiere darte una sonrisa, en ese caso ¡yo acabaré con ese destino! Te conseguiré una invitación para la muerte, ya que no he podido conseguirte una para la vida. Destruiré tu vida y también mi corazón. Y si alguien me echara en cara algo, le responderé así: cuando sufría por mi niño que tenía prohibido morir, todos pasabais a mi lado sin dirigirme ni una sola palabra de aliento, sin lanzar siquiera una mirada de piedad a esta madre sin rostro. ¿Quién se atreve a gritarme a la cara "asesina", a mí, a todo el amor del mundo?».

Olaxta salió de su casa con una firme determinación reflejada en el rostro. Sus pasos, graves y vencidos, la llevaban hasta el Hospital en donde su hijo dormía, conectado a los aparatos que le permitían respirar.

Olaxta huía de sí misma y, sonriendo a su inmediato acto, se entregaba a éste en cuerpo y alma.

Mientras caminaba por el silencio de las calles desiertas, sus ojos reflejaban un brillo similar casi a un resplandor. Y en su mirar pálido y tembloroso, incluso el miedo parecía retroceder

asustado —un miedo vasto e infinito como la propia noche.

Por fin, llegó al Hospital en donde su hijo soñaba las palabras. En Urgencias nadie le puso impedimento alguno para introducirse en el interior del edificio blanco («también las manos de la Muerte son blancas» pensó). Y una vez en el pasillo del segundo piso, encaminó sus pasos hasta la habitación 256 —una habitación como las demás—. Ante la puerta, sin acabar de decidirse a entrar, se apoderó de ella un inmenso terror y tuvo que hacer un colosal esfuerzo para no salir huyendo de aquél siniestro lugar. Pero recuperó el valor y al fin atravesó el umbral de la habitación 256. Los seis años de su hijo yacían marchitos, unidos a aquél aparato dador de vida (pocas personas supieron estar solos y vivos —excepto los viles—)⁹.

Una vez dentro, Olaxta habló así a su hijo:

—He venido, hijito, para acunar tu último sueño, para cantarte una última canción. No sé si me escuchas. Pero si me oyes, quiero que sepas que te he amado con toda la dulzura de los días radiantes. Yo te traje a este mundo y yo misma también voy ahora a enviarte a otro. Me guía el derecho y la justicia. Ha llegado la hora de demostrarte hasta qué punto te quiero.

Olaxta desconectó el aparato del que

⁹ La mención entre paréntesis pertenece al poema «E allora noi vili» del libro "La terra e la morte" de Cesare Pavese. La coletilla que reza «excepto los viles» no forma parte del citado poema de Pavese, es añadida (N. del E.).

dependía la vida de su hijo. Luego, continuó hablándole así:

—Pobre pequeño, he sido para ti la vida y la muerte. ¡Vuela, pájaro mío! Vuela hasta los pueblos allende la frontera. ¡Siempre te acompañará mi amor profundo! Cumple tu destino así como yo he cumplido el mío. Todos los océanos infinitos, todos los universos ilimitados, todas las aguas de todos los ríos, todo el calor de todos los soles: ¡son tuyos! Yo, tu madre, te los regalo para que juegues con ellos. ¡Corre, pequeño mío, a través de los bosques de las estrellas! ¡Corre, niño de mi corazón, a través de los pueblos libres que jamás conocieron la esclavitud! ¡No te quedes en medio de la noche! Serás el árbol que susurra, la piedra entregada a sus graves reflexiones, el corazón del mar que late sin cesar. Mi pasado, presente y futuro se hallan reunidos en ti. ¡Huye, amor mío, antes de que aparezcan los que no entienden nada, antes de que los sacerdotes irruman violentamente escupiendo su mortal azufre! ¡Vuela, pequeño mío, y no tengas miedo! Porque tu madre también va contigo... Sí, yo. ¡Tu mamá! ¿O acaso creías que te dejaría partir solo?

EL CADAVER

Aterrorizado ante la vida, el cadáver avanza atravesando la noche —una noche que hacía tiempo aguardaba—. Y mientras se adentra con paso vacilante en las calles sin esperanza, todos los pensamientos del mundo dan vueltas y vueltas en su mente.

Deseando formular una nueva pregunta, aburrido de ser un cadáver, quisiera cerrar para siempre la puerta que asoma a la vida, y siente que apenas le quedan fuerzas para seguir soñando.

De cuando en cuando, palpa distraído con la mano el libro que lleva en el bolsillo de la chaqueta —mas no espera nada de los libros—. Su mirada, enfocada hacia el silencio, se une a la mirada de la noche. Un cadáver sin fe. «No habría estado nada mal...» murmura. Y continúa rememorando un pasado que, por otro lado, no ama. «Mala suerte, amigo, si no has salido como deseabas» vuelve a pensar para sí mismo.

Se siente por dentro copado por una de esas nociones absolutas acerca de la verdad —nociones tan crueles como imprescindibles—. «De todas maneras», piensa el cadáver, «¿a quién le hace falta una verdad?».

A pesar de no haber probado una gota de alcohol (porque, si así lo quisiera, este cadáver sería capaz de emborracharse), oye el ruido de la

tierra al girar latir en sus sienes. Imaginerías, vacíos absolutos, instantes muertos... Todo lo recuerda, incluida su extraordinaria soledad.

El cadáver quiere decir algo:

—Estoy muerto y condenado a vivir. ¡No me juzguéis, os lo ruego! Algo que soy incapaz de comprender me arrojó al camino de las formas abstractas, que son el pensamiento. No entiendo nada sobre la vida. Sé, sin embargo, que algunos la aman. También sé que la felicidad puede existir por instantes... Estoy preso por algo en lo que apenas creo. ¡No! Yo no creo en nada. Soy un cadáver que murió. Los muertos no necesitamos creer en nada. Los muertos... ¡Pobres de nosotros los muertos!

Con los ojos cerrados, permanece inmóvil en la calle durante unos segundos que parecen siglos. Luego, echa otra vez a andar y ofrece su cara al viento para sentir su caricia. Una angustia le aprisiona por dentro mientras camina, produciéndole un dolor sordo en alguna parte de su cráneo. «Como la base del ser humano es el dolor», piensa, «es preciso realizar un gesto que lo exima. A fin de cuentas, el destino de los Hombres es injusto como un dolor de muelas. Así, una vez arrancada la muerte de nosotros, conseguiríamos también arrancar el dolor.»

Las luces de la ciudad no pierden de vista el cadáver y su sonrisa. El cielo profundo aparece entre nubes como un espectro lóbrego y henchido. A pesar de sus esfuerzos, el cadáver no puede apercibir sus instantes felices. Y puesto que se trata de una belleza colectiva, sabe que no es para él.

Además, la propia belleza de la ciudad se enajena en una suerte de indiferencia... al tiempo que el sexo permanece. El sexo, con las piernas abiertas, nos invoca lógico y certero.

En ese instante, el cadáver hace un gesto con la mano, como queriendo espantar suicidios invisibles (¿puede un cadáver suicidarse?).

Visto el modo de andar que tiene, podría incluso tratarse del cadáver de algún aristócrata arruinado.

Intenta esbozar una sonrisa, pero sin conseguirlo. En cierta medida —o más bien, en gran medida—, está fingiendo. ¡Sí, es un hipócrita, un fingidor! Toda la muerte se la ha pasado aparentando que era otro. ¡Qué estupendo actor! ¡Mirad, cómo saluda al público que jamás ha tenido!

El cadáver de nuevo quiere decirnos algo:

—Tengo sueño... Quisiera poder gritar desde dentro de mí. A veces, tengo la impresión de que soy capaz de entender. Sin embargo, en cuanto percibo el conflicto inherente a mi... *persona* —por llamarme de algún modo—, entonces renuncio a todo. He elegido el camino más fácil: vagar por las calles (es lo único que sé hacer). Los puntos luminosos del cielo son tantos que es imposible llegar a conocerlos todos. Aún así, desearía saber llamar a cada estrella por su nombre... Miro al cadáver que soy ante el espejo y tengo la impresión de que es incluso más auténtico de lo que yo soy por dentro. De cualquier manera, sólo soy un cadáver. Y vivo esclavizado por las ganas que

tengo de estar muerto. Todos los días me suicido en los prostíbulos.

Así, caminando entre huidizas ideas, la indiferencia en él se transforma en señal de amor —ya que siempre fue objeto casual de las circunstancias—. Es cruel, porque no supo tenerse bondad y ternura. Tal vez, algún día encuentre aquello que con tanto afán ha buscado: algo parecido a Dios. «Pero Dios es una dimensión fuera de nuestras posibilidades», piensa, «Así pues, no podemos alcanzar un lugar que no existe».

A cada paso que da, el cansancio se adhiere a sus ojos... hasta que no le permite ver.

Cuando recupera la visión, escribe en los muros que rodean la ciudad un nombre de cinco letras. ¿Es, tal vez, un mensaje escrito en clave, que alguien leerá y llegará a entender? El cadáver sabe que una leve esperanza le mantiene «vivo». Y al ser consciente de ello, se torna aún más escéptico si cabe. No es una esperanza determinada, sino una esperanza tomada en un sentido general y que en todos puede llegar a alcanzar una cierta importancia.

La ciudad parece que ha dejado de existir. El cadáver cree que la ciudad es sucia y fría, es decir, el cadáver cree que él es sucio y frío — porque, en el fondo, atribuye a la ciudad la frustración propia—. Pero la ciudad no es lo que él piensa que es. La ciudad, a fin de cuentas, no tiene nada que ver con los delirios de un cadáver. ¿O acaso sí...?

Presa de una extraña sensación, alza una

mano y con los dedos se palpa absorto el cráneo. «¿Existen entonces los cadáveres?» se pregunta lleno de asombro.

El cadáver va a hablar otra vez:

—Hace frío aquí. Y vuestro mundo es tan solitario como una plaza que conocí hace ya mucho tiempo... En el mundo no hay nada, excepto una colección de seres humanos. El mundo es para aquellos que no se conocen... Ya estoy haciendo frases, ocultándome en pretextos y evasivas. Pelearía, pero no estoy seguro si ello serviría de algo. Vivir es estar desnudo y morir es mentir con descaro. Debiera quitarme esta máscara y tratar de olvidar, de olvidarme, «hasta la victoria final».

Por pura inercia, el cadáver anónimo pone en movimiento su esqueleto y echa a andar. De repente, se lanza corriendo calle abajo, enloquecido. El infortunado cadáver desearía poder dejar atrás su condición y acercarse a aquello que siempre ha permanecido lejos de él. Huye, tratando de dar con un asomo de vida en esa carrera desesperada. Pero cuanto más deprisa corre, más lejos está de aquello que busca. Por fin, se detiene sin fuerzas —porque también los cadáveres caen agotados— y con horror advierte que no tiene sombra. «¡No tengo sombra!» exclama para sí, lívido. «¡También ella, también mi propia sombra me ha abandonado!» grita. De sus labios amoratados —ni una gota de sangre queda en ellos— brota un grito largo y angustioso: el cadáver acaba de comprender la soledad del mundo.

Y grita alzando, grotesco, su cráneo al

cielo:

—¡Ojalá me muera!

EL PARADO

Hay exilios que se imponen con la ligereza de una obsesión inútil y destruyen a su paso lo mejor que hay guardado en el interior de los seres humanos. Es una suerte de cáncer provocado por la soledad proletaria del parado (ser al que con frecuencia se le define como el arlote radiactivo de la sociedad moderna, o sea, una suerte de bloque humano-contaminativo y sin características específicas propias).

En esta infamia consumada, los vencedores del rey sol gruñen satisfechos de los resultados obtenidos. Y mientras, el parado —anteproyecto del fraude, insignificante estrella sanguinaria de cinco puntas y color rojo bermejo— agoniza lentamente. Solo, completamente solo.

A partir de ahí, su ánimo se destruye total y para siempre: los años transcurridos sin sueldo ni tan siquiera codician la traición. Y así las cosas, en adelante no le quedará más que una opción: exhibirse a sí mismo a modo de trofeo... en los diminutos rincones de su devenir. En cuanto al suministro, digamos que acepta resignado el sustento que le proporciona el cosmorama divino inherente a su persona, es decir, ricos y sabrosos ideales.

El parado tiene el cráneo del hombre del Neanderthal, sueña con sueños antropófagos

relacionados consigo mismo, se anuncia patético en el prostíbulo de la miseria y bate al fin todas las marcas alcanzadas hasta hoy día en el arte de la masturbación.

—«¡Ah, vil y despreciable! —gritan—. ¿Quieres echar por tierra nuestras optimistas tasas de natalidad?

Y da lugar a un gran escándalo —que a nadie importa una ardite— entre los suyos (los de ellos).

El parado se consume en su odio (única arma) y en su esperanza (única nacionalidad). El parado es cabezota (¡no se muere!), obstinado (¡puede llegar a vivir muchos años antes de suicidarse!). Es el anticristo de la constitución (¡vade retro y no nos jodas más, h. de p.!).

Sin embargo, tiene un defecto: le apasiona la idea del ahorro.

Pero lo peor es ese patetismo suyo que le lleva a gritar a todo el mundo: «Yo también tengo derecho a vivir en un agujero!».

De hecho, no soporta a la muerte obstinada en enterrarle vivo. No soporta estar preso en la placenta urológica de la otra sociedad, encañonado y herido por un disparo de miseria.

Ufano y engreído, añora las antiguas experiencias de los antiguos cristianos y sus antiguas catacumbas. Por desgracia, la realidad de siempre llega justo a tiempo de liberar sus ojos. Está claro: carece de afición hacia la espeleología. Y no hallando otro camino excepto el de la metamorfosis, transformado su cuerpo en el de un

faisán apetitoso, eyacula voraz contra el cielo mientras vuela —feliz como un perro— fuera de todo límite (porque el parado, por carecer, carece incluso de jurisdicción propia).

Y ahora, con el permiso del respetable, este inoportuno convidado decide que ya es hora de poner el punto y el aparte a su escrito de tendencias obviamente bolcheviques. Espero que mi acritud no haya agriado a nadie la mañana, ni que mi mala leche haya puesto a nadie en un brete (¡Dios: qué grande eres! —¡esto incluso rima!—).

Un beso chiquito (de parado).

HABITANTES DE LAS CHABOLAS

Con la sublimidad del discurso político, el frío penetra poco a poco en las chabolas. Es un frío grueso, tan grueso que incluso podría recogerse en copos de nieve.

Las chabolas invaden todo el sur, alzándose en la tierra de forma irracional. Mientras, los niños juegan «a que hacía calor». Una procesión de rostros enjutos desciende por el camino que lleva a la ciudad, donde la abundancia derrocha alegremente la necesidad de los desheredados. Cuadrillas de muchachos y muchachas siguen silenciosas a los hombres. A pesar de no tener más de quince años, sus gestos y movimientos tienen ya la totalidad, el porte mesurado de las personas adultas.

Durante la tarde, los hombres yacen como muertos en sus ilusiones, la mirada puesta en la ciudad que sólo ofrece felicidades imposibles de alcanzar.

Los rostros de los habitantes de las chabolas están cubiertos de una ira contenida. Y una atracción magnética se cierne sobre ellos con amargura que tiene algo de embrujo o de encantamiento: nacieron dirigiéndose hacia.

Se escucha a los perros ladrar en la noche, y parece que ladren al futuro que ya nadie espera. La felicidad —sueño breve, lacónico— se ha vuelto

extraña para con su realidad.

En otoño, las hojas de los árboles rehúsan a caer, señal de que el alma humana de los habitantes se halla en las últimas —como un viajero al que le hubiera fallado el ánimo para continuar su viaje—.

Sin pena y sin gloria (así es como sucede).

Los labios de los chabolistas tienen ese sabor íntimo que guarda relación con «el porqué» de sus miserias.

Y en la pradera desnuda de hierba se yerguen con valentía las chabolas, como si fueran a devorar el vasto espacio ante sí. Aquí y allá, puede oírse una canción de cuna...

Los ancianos se sientan cabizbajos, y los jóvenes caminan como si no existieran, a pasitos cortos, de ensueño.

Las chabolas conforman un insólito paisaje (espasmo desolador, linaje real surgido de la nada, confederación épica de la miseria). Conversaciones tranquilas y sobrias constituyen la única diversión del anochecer, antes de que los habitantes rueden desnudos bajo sueños grandiosos.

No hay nada definido en las chabolas, excepto la imposibilidad de escuchar las dos palabras fatales: estamos acabados.

Al día siguiente, aparecerán a las puertas dispuestos a gritar situaciones incomprensibles. Aunque, en general, prefieren aguardar (¡quién sabe!), ensayando con la única cesión que heredaron de sus antepasados: la paciencia.

Indiferentes ante el futuro, viven al día con sus miradas taciturnas y dispersas. Mientras, en la

chabola de al lado, los labios del bebé maman con ansia de la inmensa redondez, como si todo el universo quisieran chupar.

Más allá de las chabolas, la embriaguez de la riqueza.

EN BOCA DEL SOLITARIO

Fatalmente arrepentido de la tibieza de esta existencia mía, corroboro el espacio abreviado en grosero apartamento y calculo los años que aún me restan de espectáculo social (¡es asombroso el orgullo que exhibo ante tanta nada!).

A los pensamientos pasajeros —que inútilmente trato de ahuyentar— les saludo gritando: «¡Espero que nunca jamás volvamos a encontrarnos!». Ahora sólo necesito una mirada rápida, un gesto preciso en los que apoyarme para saber quién soy, es decir, para liberar el cuerpo y la mente de esta soledad que, sin haberlo yo consentido, se ha adueñado de mí.

Todas las cosas las haría estallar: el ancho y largo de la habitación, las paredes odiosas, aquello que me aísla del exterior... Feroz y verosímil, obstinado y lisonjero: ¡qué estupendamente represento el alegre teatro del automarginado!

Hay algo que no llego a comprender y murmura su veneno en mi oído, de este modo:

—Colega, estás hecho polvo.

Y yo respondo:

—Baja el pistón, tronco, no tengo intención de emigrar a la Conchinchina.

Al menos, puedo compartir el absurdo con la calle que empieza fuera del cristal de la ventana.

A pesar de todo, esta soledad mía de todos

los días míos sé que no cejará hasta lograr su objetivo: humillarme. Entonces yo, aburrido y cansado, le doy la espalda. Así logro que su empeño sea todavía mayor.

La soledad, inmóvil, acecha en el pasillo y aguarda el momento preciso en que se abalanzará sobre mí con toda su furia. Pero yo sigo haciendo como si tal cosa (es bueno que el enemigo se confíe).

Paso el tiempo sacando punta al lápiz y lo hago con la abstracción del inocente que se ignora a sí mismo y que lo sabe. Luego, asqueado de tanta veneración y respeto, abro la puerta del vivitorio y con pasos audaces marchó raudo y veloz hasta el cuarto de baño. Nada ni nadie puede hacer nada por evitarlo: desenfundó la espada y vierto en el lavabo mi orín color de oro. Lleno de fascinación —y tal vez sombrío—, permanezco durante unos instantes postrado ante la valentía que refleja mi acción.

Al regresar por el pasillo gozo de la subversiva sensación del éxito. Aún más: por lo que a cordura se refiere, ¿hay quién dé más que yo? De hecho, nadie hay más desequilibrado en sensatez que aquél que vive en el exilio de su marginación.

He crecido desafiando a la soledad y sin embargo ahora le planto cara, lleno de rabia y frenesí. Una y otra vez perjuro contra este universo limitado y siento «hasta el último folio» toda la falsedad y podredumbre que ello representa.

—¡El último folio! ¡Este es mi último folio y lo dejo! ¡Se acabó!

Presto atención a los mezquinos sueños que se apilan en mi almohada y, arrinconando la soledad hasta el día siguiente, este engreído por necesidad acuna a su felicidad abortada. Flota en el aire la cercanía de una esperanza próxima.

¡Aguardad! ¡No os vayáis aún! Tengo algo para vosotros. ¿Dónde lo habré guardado...? Estaba por aquí... Ah, sí. ¡Aquí está! Lo había dejado entre unos papeles y por eso no lo encontraba.

Tomad y leed:

LXXVI

Gauetik goizera noa
ixarik mutuenei mihina ateratzen diedala.

Birjin horren izenean
2 izateraino begiratzen zekiena.

Arrotz izan nintzaionaren izenean,
giltza eta txapa erabat desberdinak.

Ez ahotsik ez botorik izan ez zuen
haren izenean, haren egin-zortea
erabaki zenekoan.

Gorputz-irakidura, ordea,
edo zertarako gai; 99 burbuilatan bakarrik
beti egon zen irakidura.

Erremateak, naturaz esposatuak,
elkartzen ez diren bi egunetakoak,
sekulan elkarri atzematen ez diotenak!

Cesar Vallejo

(De la colección de
poemas «Trilce»)

Soy traidor hasta la médula espinal. Ahora
sí, ya podéis iros.
Poema de Cesar Vallejo en su lengua original:

LXXVI

De la noche a la mañana voy
sacando lengua a las más mudas equis.

En nombre de esa pura
que sabía mirar hasta ser 2.

En nombre de que la fui extraño,
llave y chapa muy diferentes.

En nombre della que no tuvo voz
ni voto, cuando se dispuso
esta su suerte de hacer.

Ebullición de cuerpos, sinembargo,
aptos; ebullición que siempre

tan sólo estuvo a 99 burbujas.

¡Remates, esposados en naturaleza,
de dos días que no se juntan,
que no se alcanzan jamás!

CHARLATANERIA

Vivir con rabia es estar muerto, renegar del misterio de las cosas —en la senda del ostracismo he hallado unas huellas y las sigo—. Siento alrededor mío los hechos desagradables ser causa de confusión. A pesar de todo, enarbolo la bandera del sueño y la esperanza. Y en el fondo de mi corazón, sé que este mundo violento es más ancho y más extenso de lo que yo lo seré jamás.

La criatura que vive agazapada en mí es solamente la criatura de la destrucción. Y mientras acaricio con ternura mi sexo, silbo dichoso una tonadilla.

Tengo tristeza de recordar las situaciones en las que también fui. Y al contemplar el día clarear entre las cuatro paredes del dormitorio-vivienda, lanzo una carcajada de cal —mi yo irremediable para el mundo.

Investigo. Así, ¿cuándo vi llorar a mi madre por última vez? No reconozco al muchacho que he sido y también yo he comenzado a compartir las arrugas con ella.

Esa sensación de estar dormido... es embrutecedora (Ay, ciudades modernas: ¡qué aburridas sois!). Hablo sin parar porque, si no, ¿qué sería de mí?

Quisiera volver a creer en la *rue Henri Martin* —allá, en el remoto París—. Pero sólo

puedo creer en la niebla que baja de los montes rodeando amenazadora el valle y peinando con su misterio la fina hierba de las laderas. Creo que estoy tumbado en una de esas campas, con los ojos cerrados admirando los trocitos de mundo ante mí.

Hago lo que puedo (perdonadme las tres carreras universitarias que dejé abandonadas).

¡Qué alegría, no conocer a nadie en esta calle! ¡no ser apaleado por la fastidiosa presencia de los conocidos! Desearía ser el perro callejero que deambula por la ciudad: ni nombre ni collar ni cuenco de comida asegurada, y gozar el deseo de estar muerto para siempre y cuanto antes. Y aparentar riqueza, y engañar la virtud de las mujeres más honestas y salir huyendo no dejando atrás sino un rumor sordo de ira y venganza. ¿Remordimientos? No, gracias (hoy no estoy para Dios ni para nadie).

He llegado a la esquina del mundo, y aguardo una señal que me ayude a recobrar la vitalidad perdida. Si ello sucede, de nuevo caminaré entre vosotros con paso humano.

Pienso que no merece la pena pensar, ni tampoco haber permanecido esperando durante tanto tiempo a que ocurriera algo. De todos maneras, si a alguien le resultan aburridas mis palabras... De acuerdo. Hagámonos sitio (en las familias numerosas dicen que no llega para todos el pan).

¡Un momento! ¡No os vayáis todavía! Tengo algo para vosotros. ¿Dónde lo habré guardado...? Estaba por aquí... Ah, sí. ¡Aquí está! Lo había dejado entre unos papeles y por eso no lo encontraba. Es un trabajo que han hecho mis alumnos del euskaltegi de AEK-Amara Berri. Les di un poema de Cesare Pavese para que lo tradujeran al euskara, y ¡mirad lo bien que lo hicieron! Bueno, yo les ayudé un poco, una corrección aquí y allá... De todos modos, no se puede negar que el mérito es de ellos. Of course, si surgiera algún problema con la traducción... en fin... yo... yo no tengo nada que ver con esto... o sea... yo, si hubiera «movida», os doy los nombres de esos alumnos y ahí os las arregléis con ellos... vaya...

Otra cosa. Como mis alumnos no eran muy duchos en lo que concierne al italiano —admito que desconocían del todo el idioma «degli italiani»—, tuvimos que traducir el poema del castellano. Sin embargo, por un momento he pensado que tal vez a algunos de mis lectores les gustaría leer el poema en su versión original. Así es que, por mí, no quiero que nadie se quede con las ganas. Ahí va, pues, la transcripción.

VERRÀ LA MORTE E AVRÀ I TUOI OCCHI

HERIO ETORRIKO DA ETA ZURE
BEGIAK IZANGO DITU

Verrà la morte e avrà i tuoi occhi—

questa morte che ci accompagna
dal mattino alla sera, insonne,
sorda, come un vecchio rimorso
o un vizio assurdo. Y tuoi occhi

Herio etorriko da eta zure begiak
izango ditu—
goizetik gauera laguntzen digun
Herio hau, logabea, isila,
bihotz zimiko zahar
edo akats zentzugabe moduan.

seranno una vana parola,
un grido taciuto, un silenzio.
Così li vedi ogni mattina
quando su te sola ti pieghi
nello specchio. O cara speranza,

quel giorno sapremo anche noi
che sei la vita e sei il nulla.

Per tutti la morte ha uno sguardo.

Verrà la morte e avrà i tuoi occhi.

Sarà come smettere un vizio,

come vedere nello specchio
riemergere un viso morto,
come ascoltare un labbro chiuso.
Scenderemo nel gorgo muti.

Zure begiak
izango dira alferrikako hitza,
garrasi isila, isilunea.
Horrela ikusten dituzu goizero
zeu bakarka makurtzen zarenean
ispiluaren aurrean. Oi esperantza
mina,
egun hartan geuk ere jakingo
dugu
bizia eta ezereza zarela.

Heriok denontzat dauka
begirada bat.

Herio etorriko da eta zure begiak
izango ditu.

Izango da bizio bati uztea
bezala,

ispiluan ikustea bezala
aurpegi hil bat agertzen,
ezpain itxi bati entzutea bezala.

Hitzik gabe jaitisiko gara
amildegira.

Cesare Pavese (1950)

Traducción al castellano del poema de C. Pavese:

VENDRÁ LA MUERTE Y TENDRÁ TUS OJOS

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos—
Esta muerte que nos acompaña
de la mañana a la noche, insomne,
sorda, como un viejo remordimiento
o un vicio absurdo. Y tus ojos
serán una vana palabra,
un grito apagado, un silencio.
Así los ves cada mañana
cuando tú sola te inclinas

en el espejo. Oh, cara esperanza,
ese día también nosotros sabremos
que eres la vida y que eres la muerte.

Para todos tiene la muerte una mirada.
Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.
Será como dejar un vicio,
como ver en el espejo
resurgir un rostro muerto,
como escuchar a unos labios cerrados.
Mudos, descenderemos al abismo.

LAS CALLES

*C'est pas la peine de
se débattre, attendre ça
suffit, puisque tout doit finir
par y passer dans la rue.
Elle seule comp-te au fond.
Rien à dire. Elle nous attend.
Faudra qu'on y descende
dans la rue, qu'on se décide,
pas un, pas deux, pas trois
d'entre nous, mais tous. On
est là devant à faire des
manières et des chichis, mais
ça viendra.*

*(Louis
-Ferdinand
Céline)*

Las calles despiertan a otros mundos y
cautivadas por una brisa suave bostezan
complacidas mientras parpadean cegadas por los
primeros rayos del día.

Las calles en el asfalto han dejado escrito

un esquema de signos limítrofes con amores lejanos y apagados (cientos de esquinas, miles de kilómetros de acera están dispuestos a aguardar —a pesar de saber que NUNCA encontrarán ni un solo sueño—).

Las calles son los ojos con nombre de la noche.

Recorrer las avenidas, divertidos con un paisaje a fin de cuentas mediocre en su alegría gris, sintiendo cómo nos provocan deseos cada vez más obscenos, hasta que se apodera de nosotros la desagradable sensación de estar perdidos.

Con la ambición de aquello que mi sonrisa aguarda, transito indiferente en las aceras, y semicierro los ojos —llorar sería un desafío del que jamás saldría bien parado—. Colocaré dos argollas de acero en los dos agujeros de mi cara (que nadie ponga en duda mis promesas).

Las calles lanzan en la noche canciones rituales y arrojan luces de esperanza al tiempo envejecido —las calles que, de tan caducas, se les hace incluso sentir una gran piedad de sí mismas—. Camino fuera de mí, colgándome de las palabras amordazadas en los pasos de cebra.

Palabras desnudas de amor tiemblan en las basuras. El borracho —revolucionario sin causa— atraviesa la calle hablando solo y tambaleándose. Esa mujer que vive la miseria y que la seguirá viviendo mañana.

Caminamos con garbo por las avenidas, deseosos de hallar por fin la realidad de un sueño, nosotros, los que sólo vivimos para una buena

novela (¿qué es una buena novela?).

En las alamedas hay algo que yace como demorado en sí mismo, y mientras, fatigadas preguntas se esfuerzan por sacar a la luz ese «algo». Sin embargo, estas nuestras interrogaciones no pueden evitar temblar horrorizadas —es el temor que infunden las respuestas.

De noche, las sombras de Hide Park llegan hasta nosotros, llenando nuestra soledad de una mitología ya extinguida, obsequiándonos con un cúmulo de idearios confusos —también los recuerdos se abalanzan contra nosotros en las calles—. Una respuesta para todas las negaciones: eso es lo que hacía temblar a las preguntas. ¡Escuchad! ¡Escuchad a los hombres gritar! Oíd... Es una nube formada por un sinnúmero de inútiles esfuerzos patéticos.

Las calles tienen puesta su mirada en la nada, en la salvación súbita. Todas las calles del mundo asoman a ideales que a su vez se van apilando en la basura —a cada cual más bello, a cada cual más absoluto—: ¡basureros de aspecto humano del mundo!

En las calles que nada tienen que ver conmigo soy la criatura que dice adiós agitando un pañuelo. De repente, el gesto se me rompe y, sin saber por qué, me siento tan ridículo como el niño que llora en su inmenso desastre.

FIN